



ISRAEL

*Mi Pueblo
Escogido*

M. Basilea Schlink

Israel

Mi Pueblo Escogido

M.Basilea Schlink



**Hermandad Evangélica de María
Darmstadt-Eberstadt, Alemania**

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.
Darmstadt, Alemania
Todos los derechos reservados.
Título original en alemán: Israel, Mein Volk

Primera edición alemana 1958
Primera edición en español 2008
Versión como PDF en español 2022
ISBN 978-3-87209-915-0

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

info-es@kanaan.org

www.kanaanhispano.net

ÍNDICE

Sobre la autora.....	6
Prefacio.....	9

PRIMERA PARTE:

*El tiempo de aflicción para Israel:
el tiempo de culpa de nuestro pueblo.*

El gran crimen cometido contra el Pueblo Escogido, que tuvo su origen en el odio contra Dios.....	16
---	----

Porque el antisemitismo no tiene justificación.....	21
--	----

La participación de la Cristiandad en el odio hacia los judíos.....	32
--	----

"A estos mis hermanos más pequeños", ¿Qué les hemos hecho?.....	47
--	----

La dimensión de la culpa alemana.....	54
---------------------------------------	----

La respuesta de Dios y nuestra reacción.....	64
--	----

Dios espera en vano el arrepentimiento.....	72
---	----

El juicio es inminente.....	79
-----------------------------	----

SEGUNDA PARTE:

*El punto decisivo en el plan de Dios para Israel:
el desafío de Dios a las naciones.*

La primera fase del plan de Dios para con Israel.....	84
Un peligro que vuelve a amenazar al mundo cristiano.....	95
Meras excusas.....	102
El llamado de Dios para compartir las alegrías y tristezas de Israel.....	114
Segunda etapa del plan de Dios para con Israel.....	124

TERCERA PARTE:

Los caminos amorosos de Dios para con Israel

Dios prepara a Su pueblo.....	131
El sufrimiento transformado en gloria.....	144
Un testimonio personal.....	155

Anexo

Canciones para escuchar y descargar “Exaltando al Rey de Israel”	175
---	-----

Sobre de la autora

La Madre Basilea (Dra. Klara Schlink) nació en 1904, en Darmstadt, Alemania. Aunque en su hogar recibió todos los estímulos intelectuales y culturales, su interior anhelaba algo más, y solamente cuando encontró a Jesús su Salvador, a la edad de 17 años, fueron cumplidos sus anhelos. Estudió Historia del Arte, Filosofía, Teología y Psicología, recibiendo su doctorado en la Universidad de Hamburgo en 1934. Como miembro activo de la Iglesia Confesional (el grupo dentro de la Iglesia Evangélica que no se adhirió a las exigencias de Hitler), llegó a ser líder del Movimiento Cristiano Estudiantil Femenino. Durante la Segunda Guerra Mundial viajaba como conferencista para una sociedad misionera de Alemania.

En Darmstadt, en 1947, junto con su colaboradora Erika Madauss (Madre Martyria), fundó la Hermandad Evangélica de María dentro del ámbito de la Iglesia Evangélica Alemana. Desde sus modestos comienzos, la Hermandad creció hasta convertirse en una institución internacional, con filiales en distintos países y su Casa Matriz en la pequeña tierra de Canaán, Darmstadt.

En 1967 se estableció la Hermandad Franciscana de Canaán, para varones.

Su encuentro personal con Israel se describe más ampliamente en un capítulo de su autobiografía, extractos del cual se incluyen al final de este libro.

La percepción del papel especial que cumple Israel en los eternos propósitos de Dios siempre ha estado muy vivo en la Madre Basilea. Después de que Hitler tomara el poder en 1933, ella fue presionada como líder nacional del Movimiento Cristiano Estudiantil Femenino, para aceptar el párrafo ario de la ley que prohibiría la participación a los judíos cristianos dentro del Movimiento. Ella se rehusó a cumplir esto, persuadiendo al grupo para que rechazara tal demanda.

Entre los años 1939 y 1944, en su función de conferencista itinerante, ella arriesgó su vida y profesión durante este malvado período político, manifestando abiertamente sus convicciones. Aunque frecuentemente hubo informantes en las conferencias que daba por toda Alemania, ella se sentía obligada a hablar de la elección de los judíos y de su posición de liderazgo y misión a todas las naciones en el reino del Milenio.

Compareciendo ante la Gestapo, fue interrogada por horas, aunque, inexplicablemente, sólo por su desafío de seguir a Jesús, pues en opinión de ellos existía solamente "un verdadero Führer".

A fines de la guerra, percibiendo claramente la mano de juicio de Dios en la destrucción de muchas ciudades alemanes, incluyendo la suya de Darmstadt, fue usada por el Señor para comenzar un movimiento de arrepentimiento que tendría una repercusión nacional. El arrepentimiento fue la clave para el avivamiento entre los Grupos de Estudio Bíblico Juveniles para Señoritas, que dio origen a nuestra Hermandad Evangélica de María, y fue el arrepentimiento lo que hizo nacer en nuestra hermandad un profundo amor por Israel.

El mensaje de arrepentimiento por nuestro crimen nacional contra los judíos causó un impacto decisivo en la conciencia cristiana en Alemania, cambiando grandemente la actitud hacia los judíos, como lo han atestiguado importantes líderes cristianos.

La Madre Basilea Schlink es autora de más de 100 títulos, traducidos en más de 60 idiomas.

Prefacio

Aunque este libro ha sido escrito principalmente para alemanes, en un profundo acto de humillación por el crimen en que millones de judíos fueron muertos bajo el régimen de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial, contiene un mensaje para todos los cristianos. Es un mensaje de arrepentimiento, perdón y reconciliación que todos necesitamos, tanto personalmente como para cada una de nuestras naciones, para que la gracia de Dios pueda reposar sobre nosotros. El libro también explica, efectiva y bíblicamente, el amor de Dios y Su elección del pueblo judío.

Como miembros de una comunidad donde el arrepentimiento y el amor por Israel son un estilo de vida, tenemos una deuda de gratitud especial con nuestras madres fundadoras y hermanas alemanes. Su ejemplo de enfrentarse positivamente con la culpa nacional, no solamente nos ha inspirado y alentado a encarar aquellos aspectos de culpa de nuestros países americanos de los cuales estábamos conscientes, tal como el tráfico de esclavos, sino también nos incitó a preguntarnos dónde nosotros también habíamos fallado con Israel.

Conversando con judíos, visitando Israel y antiguos campos de concentración, viendo documentales y revisando hechos históricos, aquellos de nosotros que venimos de otros países, estamos cada vez más conscientes de que Dios también aguarda nuestro arrepentimiento. Dios ve donde se ha derramado sangre inocente: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (Génesis 4.10).

Si no hubiese sido por la pasividad de casi toda la comunidad mundial, Hitler no podría haber llevado adelante el exterminio masivo de judíos. En Julio de 1938 el Presidente norteamericano Franklin Roosevelt convocó una conferencia internacional en Evian-les-Bains, Francia, para discutir el destino de los judíos en Europa. Sólo tres de treinta naciones presentes se ofrecieron para dar asilo a algunos miles de judíos.

Todas nuestras naciones latinoamericanas estuvieron representadas, pero solamente la República Dominicana se ofreció para recibir 500. Así los informantes nazis reportaron a Hitler: “Haga lo que quiera con los judíos; el mundo entero no los quiere”.

Sólo 4 meses después aconteció Kristallnacht. (Noche de Cristales – ataque masivo organizado por los nazis contra sinagogas, propiedades y casas de los judíos).

Los informes de que en Europa estaban pereciendo comunidades judías en las cámaras de gas fueron minimizados o los Aliados no le daban crédito.*

Cuando los judíos europeos quisieron huir a otros países, muchas de las naciones pusieron leyes estrictas para prohibir que inmigraran. Esto pasó por ejemplo en EE.UU., Canadá, Suiza, Australia y los países latinoamericanos.*

Muchos barcos con refugiados judíos salieron de Europa buscando acogida de las otras naciones y casi todos fueron rehusados y tuvieron que volver a Europa y a su muerte.

Entre 1938-1942, 35 barcos vinieron al puerto de Buenos Aires y se les negó la entrada, sólo una minoría halló asilo en Chile y la isla de Curasao. El barco St. Louis con más de 900 pasajeros tuvo visas para Cuba, pero al llegar a Habana, no se les permitió desembarcar.

Cuando buscaron desesperados a otro país americano, no encontraron ninguno dispuesto a

* *The Listener*, 16 setiembre de 1982, citado por Derek White, en 'Britain and Israel: A Case of National Hypocrisy?' (Gran Bretaña e Israel: ¿un caso de hipocresía nacional?) Christian Friends of Israel, carta informativa de setiembre 1989.

* Ver la VIII Conferencia Panamericana en Lima, Perú, en diciembre de 1938, y la conferencia de los ministros de finanzas de Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay en febrero de 1939.



El barco St. Louis esperando en Cuba

recibirles, y así tuvieron que volver a Europa y a los campos de concentración.

Parece difícil creerlo y muchos no lo sabrán hasta incluso aquellos que poseen educación que, frecuentemente a través de los siglos (tan temprano como el siglo cuarto), nuestros hermanos judíos, en el nombre del cristianismo, han sido humillados, perseguidos y expulsados de países e incluso torturados hasta la muerte. Esto no solamente significa un profundo dolor y sufrimiento para el pueblo judío, sino aun más para nuestro Señor, cuyo corazón desborda de tierno amor y compasión por Su primogénito, Israel.

Un estudioso católico, Edward Flannery, comentó que esos trágicos acontecimientos en la historia del cristianismo, se han omitido en la mayoría de los libros de Historia.*

Sí, hemos herido terriblemente al pueblo del cual nosotros, los cristianos, hemos recibido nuestra herencia espiritual: las Sagradas Escrituras; los Profetas; y nuestro Señor Jesús, quien es "el hijo de David, el hijo de Abraham", y cuya madre María era judía.

Tristemente, el antisemitismo no ha quedado en el pasado, y el odio contra los judíos está resurgiendo nuevamente en el mundo, en parte debido a los medios de comunicación que a menudo tergiversan los hechos.

En un futuro próximo, todos nosotros podríamos ser desafiados acerca de nuestra relación con Israel y, por lo tanto, con Dios. ¿Se repetirá la historia? ¿Seremos una vez más los cristianos culpables de silencio y pasividad?

Es con esta percepción que debemos estudiar este libro, que resulta en muchas maneras un documento histórico, escrito en 1958 cuando Israel era aún un estado joven, con su territorio y

* *The Anguish of the Jews: Twenty-three centuries of Anti-Semitism*, Edward H. Flannery, New York / Mahwah: Paulist Press, 1985.

capital separados con alambradas de púas y la población era la mitad de lo que es actualmente. Desde entonces Israel ha cambiado considerablemente, tanto interna como externamente.

Tristemente, la influencia negativa de nuestros países occidentales también está dejando allí su huella. Sin embargo, no debería sorprendernos que la peor lucha entre la luz y las tinieblas ocurra en la tierra de Dios. ¿No debe esto motivarnos a orar aún más? Como escribe la Madre Basilea en uno de sus folletos: "Israel necesita ahora nuestra ayuda... Dios espera por intercesores que primero se humillen ante Él por sus propios pecados y luego por los pecados de sus propias naciones, y esto se aplica especialmente a nosotros los alemanes, debido a nuestro crimen nacional contra Israel... Él está esperando por intercesores que batallen en fe por Israel..." (Un Grito desde el Corazón por Israel, agosto 1984).

Quien ama a Jesús amará al pueblo que Él ama. Lo que la Palabra de Dios dice sobre Israel no dejará de cumplirse: "¡Benditos los que te bendijeren, y malditos los que te maldijeren!" (Números 24.9b).

Las Hermanas de María
Sudamérica, Agosto de 1996

PRIMERA PARTE

***El Tiempo de Aflicción para Israel:
el Tiempo de Culpa de Nuestro Pueblo***



El gran crimen cometido contra el Pueblo Escogido, que tuvo su origen en el odio contra Dios.

Ante nuestros ojos pasa una interminable procesión de miles y miles de seres humanos, tanto viejos como jóvenes, hombres, mujeres y niños. Día tras día y noche tras noche, desde 1942 hasta 1945, los trenes de carga pasaban continuamente, llenos de personas. Amontonadas como ganado, en condiciones increíbles, se transportaba a estas pobres víctimas a campos de exterminio como Auschwitz, Treblinka, Maidanek, Belzec, Gross-Rosen y Sobibor. Ni siquiera el ganado era tratado de esa forma como cuando hacían bajar esta carga humana. Semejante trato hubiera sido denigrante aun con los animales. Los informes auténticos revelan:

En los calurosos meses de verano se encontraban hasta cuarenta muertos en un solo vagón para ganado. Al ser descargados los pocos sobrevivientes estaban tan sedientos que se arrojaban como animales sobre los charcos de barro a los costados de los rieles del tren...

Luego empezaban a formarse en columnas y marchaban hacia el primer crematorio donde permanecían en fila, al igual que se espera afuera de un almacén de alimentos en épocas de

hambruna o cuando los teatros abren en noche de estreno. Apenas una hora más tarde, las llamas comenzarían a elevarse hasta el cielo... En Auschwitz [así como en otros campos de concentración], cinco hornos ardían día y noche y cuando estaban a punto de extinguirse, se llevaba otra cantidad de personas para abastecer estas calderas de madera y carne humana. Las estrellas empalidecían ante estas llamaradas. El aire se impregnaba de un olor nauseabundo a pelo chamuscado y cadáveres quemándose...

Cerca de ahí, al aire libre, ardían fogatas adonde se arrojaban a los niños, tanto vivos como muertos. Podían oírse los gritos y observar las llamas envolver sus cuerpos frágiles. (Cf. Lucie Adelsberger, Auschwitz)

Además de los millones que fueron asesinados en las cámaras de gas y en los camiones que se transformaban en cámaras móviles, y los que fueron quemados en los crematorios, hubo otros millones que morían en los campos de concentración, sea ejecutados o de hambre, por epidemias y enfermedades, en cada caso agravados por el horrendo trato que recibían. Hacia fines de la guerra los hornos ardían aún más furiosamente, alimentados con cuerpos humanos que se consumían implacablemente día y noche.

¿Cómo podían ocurrir tales cosas? ¿Cómo po-

dían acontecer semejantes perversidades, aún en el Siglo XX, en la así llamada época del progreso humano?

Detrás de todo esto había algo realmente satánico: una encarnizada rebelión contra el propio Dios por habernos dado una conciencia y hacernos responsables ante El como Juez. Sólo una mente poseída por el odio podía decir, como dijo Hitler a Rauschning, "¡La conciencia es una invención judía!" y, "¡No hay lugar para dos pueblos escogidos!"

Esta mente, consumida por el odio y que encontrara incentivo en muchos otros corazones y mentes, extendió el odio entre nuestra gente, con terribles efectos. Era un odio contra Dios mismo, porque fue al pueblo judío que Dios se reveló mediante Sus santos Diez Mandamientos, Sus profetas, Jesús y Sus apóstoles, apelando así a las conciencias de todas las personas. Era un odio diabólico, que no se dirigía realmente en contra de una raza determinada sino contra el mismo Dios. (Un asunto puramente racial no podría haber generado un odio tan grande.)

Detrás de ello había envidia una envidia diabólica porque fueron los judíos y no la raza nórdica los que llevaban la marca de la divina elección y habían sido elegidos para una misión mundial. Así la elección que Dios hizo de este pueblo era la correcta, ya que la raza nórdica,

que se consideraba más noble y pura que cualquier otra, en los hechos se comportó de manera más baja, más despreciable e inhumana que la tribu más primitiva sobre la faz de la tierra.

En cambio, el "repugnante" judío, caracterizado como "subhumano", "brutal" y "asesino", ha demostrado ser, en medio de los más crueles sufrimientos, verdaderamente heroico, noble y grande, a pesar de las flaquezas naturales que los judíos comparten con todos los otros pueblos a causa del pecado original. Su heroísmo se ha visto en todos los informes objetivos sobre los campos de concentración y exterminio, y particularmente en el relato de la sublevación del Ghetto de Varsovia. En el sufrimiento no hay decepción, y éste demuestra cuáles son los verdaderos valores de una persona.

En esta terrible persecución y exterminio de los judíos se hace evidente el verdadero motivo que hay detrás del antisemitismo; el odio contra los judíos puede ser visto por lo que realmente es. Cada judío, por su misma existencia, apunta hacia Dios, hacia la elección y llamado de Abraham, hacia la elección de Israel como un pueblo destinado a ser posesión del mismo Dios, puesto aparte dentro todas las demás naciones, y particularmente amado por Dios, que les dio

gracias especiales y promesas y que les resguardó de perecer durante los miles de años de su historia. Cada judío es un recuerdo de que Dios es el Dios santo, el Dios de los Diez Mandamientos. Cada judío es un recuerdo de que Dios existe, que El pronuncia bendiciones y maldiciones y las cumple.

El judío y su destino son una prueba viviente de la existencia de Dios, tal como incluso un racionalista como el rey Federico el Grande, fue forzado a reconocer. Cierta vez, desafiado por el rey a proveer pruebas de la existencia de Dios, el piadoso estadista Ziethen respondió: "Su Majestad, ¡los judíos!" ante lo cual Federico el Grande guardó silencio.



Campo de Concentración en Auschwitz

Porque el antisemitismo no tiene justificación

Si se hiciera un examen cuidadoso de las acusaciones que alegan justificar el odio y la exclusión de los judíos, encontraremos que ellas no tienen fundamento.

Se dice que por naturaleza son usureros, comerciantes de segunda mano y extorsionadores. Pero si analizamos esto más detalladamente a la luz de su historia, se hace evidente que, como pueblo, los judíos han demostrado ser honorables, nobles y capaces en cualquiera que sea su profesión, como lo demuestran actualmente en el estado de Israel. Nunca es admitido que fuimos nosotros, los gentiles, que, desde el inicio de la Edad Media (los siglos XI y XII), excluimos a los judíos de los gremios, del grupo de comerciantes respetables, de los grupos de artesanos y granjeros; que fuimos nosotros que les impedimos ejercer profesiones más elevadas, dejándoles sólo las ocupaciones menos dignas, las cuales según nosotros, quienes nos sentíamos superiores, no realizaríamos. Nosotros mismos fuimos los que les obligamos a ser prestamistas y vendedores de artículos usados, y quienes los encarcelamos como prisioneros en los guetos.

Sin embargo, nada de esto fue mencionado cuando se les llenó de insultos. Fuimos las así llamadas "naciones cristianas", las que privamos a los judíos de sus derechos y después, y con una desvergonzada insolencia imprimimos en nuestros hijos a través de los siglos, el "hecho irreversible": "El judío no vale para nada; es demasiado flojo e incompetente como para dedicarse a una profesión o al trabajo de agricultor; la única cosa que saben hacer es acumular fortunas en oscuros negocios y estafas." ¡Qué doloroso para los judíos ser marcados con tales calumnias!

A mediados del Siglo XIX, después de siglos de ser sometidos a reglamentaciones restrictivas, confinados en guetos y tratados como parias, a los judíos se les abrieron las puertas a distintas profesiones. Pronto se vio lo capaces que eran como personas. De entre ellos surgieron médicos, intelectuales, científicos, abogados, industriales y comerciantes destacados.

¿Cuál fue el resultado? Fueron envidiados e insultados por su capacidad y talento intelectual, mientras lograron lugares muy altos dentro de cada profesión. Sin embargo, aquí en Alemania, por ejemplo, parte de sus sueldos fueron utilizados en impuestos, para beneficio del país. Además, como es bien conocido, mu-

chos judíos fueron grandes benefactores de los pobres, apoyando con frecuencia organizaciones sociales y cristianas y, en humanitario sacrificio, ayudando como médicos y trabajadores voluntarios a muchos necesitados. Existía por lo tanto una buena razón para que antes de 1933, a muchas calles y lugares públicos de Alemania se les diera nombres de personalidades judías.

También, como cualquier otro alemán, los judíos pelearon por la patria alemana. Su valentía y capacidad de lucha en el frente de batalla quedó demostrada por el alto porcentaje de judíos que fueron condecorados.

¿Por qué no hubo resentimiento contra los austriacos o húngaros o personas de otras naciones que vinieron a vivir entre nosotros, demostraron sus habilidades, hicieron fortuna y ganaron la estima del público? ¿Por qué fue siempre que se adoptó esta actitud hostil en contra de los judíos?

En la Europa medieval fueron perseguidos y masacrados en varias ocasiones. Desde mediados del Siglo XVI en adelante se les confinó a vivir en los ghettos. Aun después del amanecer de la "Época de las Luces" su influencia en puestos de autoridad generó resentimiento, y muchos se alegraron cuando los judíos fueron

degradados y relegados a puestos inferiores. En tiempos más recientes se llegó al punto de tratarlos con el mayor desprecio y someterlos a crueldades inimaginables.

Queriendo siempre justificar tal hostilidad, sus enemigos no tuvieron escrúpulos en crear evidencias incriminatorias. Si algo salía mal en los asuntos gubernamentales o durante una guerra, la culpa perteneciente a algún grupo o clase o estado recaía sobre los judíos y se iniciaba una persecución contra ellos. Ya en los tiempos medievales se les echó la culpa por la Peste Negra; se dijo que ellos habían envenenado los pozos. En cada época han habido nuevos males, cuya responsabilidad era atribuida a los judíos.

La culminación de las mentiras más increíbles y crueldades espantosas fue alcanzada en Alemania entre los años 1933 y 1945. Ninguno de nosotros puede negar su responsabilidad moral por este inhumano crimen que se llevó a cabo en nuestro país. En tanto que hubiésemos cerrado los ojos al rechazo y la condenación de los judíos, estamos metidos en la red de la mentira antisemítica que instigó tal crimen. Somos culpables si no rebatimos esas afirmaciones calculadas y destinadas a despertar el odio: "Son usureros que viven a expensas de nuestro pue-

blo." "Contaminan los poderes intelectuales y espirituales de nuestro pueblo." Amontonamos culpa sobre nosotros si escuchamos estas mentiras y aceptamos sin contradecir estas referencias de los judíos como la raíz de todos nuestros males. Sí, todos somos culpables de alguna u otra manera de haber caído en lo que se podría llamar "psicosis antisemítica".

De acuerdo a las estadísticas, no es verdad que había un mayor porcentaje de judíos que tenía un registro criminal o que el número de judíos en prisión o penitenciarias era mayor que el de cualquier otra nacionalidad. Como regla general son las condiciones sociales desfavorables las que cultivan comportamientos antisociales y son las personas que viven bajo esas circunstancias las que llenan las prisiones. Sin embargo, sorprendentemente, este no es el caso de los judíos que, hasta que comenzara su emancipación a principios del Siglo XIX, fueron tratados como parias.

Por otro lado, si un judío engañaba a alguien o cometía un delito, a esto se le daba una publicidad exagerada y se usaba como un pretexto para condenar a todos los judíos y posiblemente hasta instigar un "pogrom" [persecución de judíos]. Sin embargo, si alguna persona de otra nacionalidad cometía algún delito, esto era

considerado como algo que involucraba sólo a aquella persona, y no a la totalidad de su pueblo. En el nuevo estado de Israel se ha comprobado la gran falsedad de todas estas excusas para el antisemitismo. Aquí Dios demuestra cuánta mentira hay en aquellas afirmaciones despreciativas y declaraciones calumniosas que se han inventado o transmitido sin examinarlas previamente; como la de que "los judíos son usureros que no quieren trabajar". Ahora el mundo entero puede ver al pueblo judío en su propia tierra, emprendiendo con éxito no solamente todo tipo de actividades, tan bien como la agricultura, sino incluso haciendo trabajos pioneros, bajo las condiciones más adversas de desierto y pantano, con logros verdaderamente dignos de admirar. Están sobreponiéndose a las mayores dificultades y transformando en un huerto floreciente lo que fue por casi dos mil años una tierra estéril.

Sí, este estado de judíos "buenos para nada" absorbió una inmigración masiva que duplicó la población en los primeros tres años y medio de su existencia como estado. Esto, en contraste con países prósperos, de larga existencia y estables económicamente como Canadá y Australia, que aumentaron en diez años sólo un cuarto de su población actual. Y cabe mencionar que solamente admitieron como inmigrantes a

personas jóvenes, fuertes y capaces, mientras que a Israel llegaron en su mayoría los que apenas pudieron salvar sus vidas de los horrores de la persecución; entre ellos, muchos ancianos y enfermos. Estos eran personas que habían soportado las más duras pruebas físicas y mentales.

La calumnia de que los judíos son cobardes y malos soldados ha sido claramente refutada en Israel. El recién nacido estado judío en 1948 contaba con unos 650.000 habitantes, estando rodeado por 40.000.000 árabes. Pero aunque se les opusieron los ejércitos combinados de siete estados árabes, profesionalmente entrenados, en parte instruidos y dirigidos por oficiales británicos, los israelíes salieron victoriosos.

Esta victoria confirmó la proclama de que el estado de Israel había inaugurado una nueva fase en la historia redentora. Dios está llevando a un fin al período de juicios y corrección para con Su pueblo, que ha durado casi dos mil años. Dios los ha traído desde todas las partes donde estaban dispersos de vuelta a su tierra, la tierra de sus antepasados, para demostrar ante todo el mundo de lo que ellos están hechos – sus habilidades, características y principios de conducta. En todas las naciones existen los "buenos para nada" y también los hay entre los judíos. Pero en el estado de Israel puede verse

ahora que aquí está un pueblo que procura guardar los Diez Mandamientos, tomando en serio así al Dios Vivo y honrando Su nombre. Muchas veces no puede decirse lo mismo de los países cristianos. Por ejemplo, el cuarto mandamiento “Santificarás el día de reposo”, todavía se mantiene sagradamente y cada sábado prácticamente la vida se detiene. ¡Qué impresionada me quedé durante uno de mis viajes al presenciar el comienzo del Shabat en Jerusalén! Hacen sonar el cuerno del sábado por las calles y en un momento la gran y ruidosa ciudad se calla. Es como si a la puesta del sol, con el sonido del cuerno sabático, la ciudad se recubriera de un silencio eterno. Casi no se ven autos; y los pocos que quedan son manejados mayormente por cristianos y musulmanes.

Aquí podemos ver el testimonio de todo un pueblo –aun cuando muchos se conformen a esto sólo exteriormente–, cumpliendo los mandamientos de Dios, y, como nación, honrando el mandamiento de guardar el día del Shabat. Hasta los cines, que tienen hoy en día el poder de atraer a tantas personas, deben cerrarse ante la víspera del Shabat.

También se glorifica repetidamente a Dios en los acontecimientos científicos, políticos y cultura-

les. Hace un tiempo se colocó la primera piedra en la inauguración del nuevo planetario de Jerusalén, grabándose en ella las palabras del Salmo 148: "¡Alábenlo, sol y luna, alábenlo astros luminosos!" Sin embargo, el nombre de Dios no fue mencionado ni una sola vez en ninguno de los discursos de distinguidos estadistas e intelectuales cristianos en la celebración del año geofísico de 1957.

La actitud devota de Israel también quedó demostrada en el discurso del presidente Ben-Zvi en ocasión del noveno aniversario de la fundación del estado. El dijo: "Gracias a la 'Roca de Israel', las Fuerzas de Defensa Israelí han hecho retroceder al enemigo". En este estado judío la gloria es dada a Dios, la "Roca de Israel", aunque los esfuerzos humanos juegen un rol tremendamente importante dentro del actual desarrollo de la tierra de Israel.

El primer ministro, David Ben Gurion, lee siempre un libro que conoce bien y al cual constantemente se refiere, y que para él es ley y apoyo moral y que, según dice, lo aclara todo: Tanto Nasser, como el problema del petróleo, la superioridad militar de Israel sobre sus vecinos y la absoluta certeza de la victoria final – y este libro es la Sagrada Escritura. Esto lo escribe un

periodista suizo después de una conversación con David Ben Gurion (Weltwoche, Zurich, 18 enero de 1957).

Sí, la Sagrada Escritura es una fuerza viviente dentro de este pueblo y su influencia puede sentirse en la vida pública de Israel. ¿En qué otro lugar que no sea Israel puede verse las carretas que vuelven trayendo la cosecha decorada con cintas que tienen escrito textos de las Escrituras? ¿Dónde más se celebran festivales de la cosecha, danzando al son de los cánticos de los Salmos? ¿En qué otra parte se cuelgan carteles con versículos bíblicos sobre los terrenos de exposiciones nacionales? ¿En qué otro país se ha hecho una competencia sobre la Biblia como la parte principal de las celebraciones de un jubileo, como sucedió en las celebraciones del décimo aniversario de la fundación del Estado de Israel? El interés por la competencia fue tan grande que los cafés y cines quedaron vacíos mientras la gente escuchaba atentamente la radio en sus casas para seguir cada etapa del concurso, ansiosos de averiguar quién era el que más sabía de las Escrituras.

Es evidente, en Israel, que los judíos no son un pueblo degenerado y sin Dios, sino más bien un pueblo a quien Dios ha elegido para Sí, y entre

los cuales Él quiere hacerse conocido en la vida diaria. Y aunque hay muchos que se están apartando de la fe de sus padres, todavía prevalece una actitud de temor a Dios. Su preciosa herencia, que se origina en Dios y Su Palabra, es una realidad innegable y ha llegado la hora en que revivirá nuevamente.



Fundación del Estado de Israel

La participación de la cristiandad en el odio hacia los judíos

Cuando vemos que la imagen que se tiene de los judíos, de que están sin Dios, subversivos, inmorales, es totalmente falsa, podemos darnos cuenta de que detrás de este odio debe haber razones más profundas de las que generalmente se manifiestan. Todos los argumentos a favor del antisemitismo son ligeros e irrelevantes. El verdadero blanco de este odio está en la elección de este pueblo y por lo tanto también en Aquel que los eligió: Dios. Según las Sagradas Escrituras esto se hará más evidente al final de los tiempos, el cual se caracterizará por el odio en contra de Dios. Luego la persecución contra los judíos y también contra los cristianos llegará a su clímax.

Sabiendo que este odio diabólico está dirigido tanto a judíos como a cristianos, ¿no es espantoso descubrir que este odio a los judíos no se originó sólo en el mundo ateo y de los que odian a Dios, sino que este odio reflejado en el terrible crimen de este siglo tuvo también sus raíces en la historia de la cristiandad?

En la Iglesia Primitiva, judíos y gentiles se reunían alrededor de Jesús como un solo cuerpo,

habiéndose derribado el muro divisorio entre ellos. Eran un rebaño con un solo Pastor. Más tarde cambió la situación; un número mayor de gentiles entró en la comunidad cristiana y la proporción de gentiles sobre los judíos aumentó más y más. Con el tiempo, los judíos que todavía no se habían unido al rebaño cristiano ya no eran más considerados hermanos en la fe en el único Dios revelado, sino como extraños, y hasta como enemigos. A pesar de todas las dificultades y luchas que surgieron, debería haber habido toda razón para mantenerse humildes y con una amorosa disposición hacia ellos, considerando que de ellos recibimos la ley, los profetas y al Señor Jesús. No es sin razón que el Apóstol Pablo nos exhorte a quienes creemos en Cristo a no adoptar una actitud de superioridad frente a los judíos, sino de mantenernos humildemente concientes de que los judíos son la raíz del árbol y nos sostienen y no nosotros a ellos, que sólo fuimos injertados (Romanos 11). Pero el Maligno logró apartar a la Iglesia Cristiana de esa actitud humilde y fraterna, cuando en vanagloria, se apropió de todas las gracias y promesas pronunciadas a favor de Israel, y así apartó a Israel de la historia redentora de Dios.

Semejante arrogancia permitió que esas afirmaciones que promueven el odio hacia los judíos crecieran aun dentro del cristianismo. Fue discutido que: "¿no fue el propio Dios quien en Su Palabra habla de los judíos como pueblo testarudo, desobediente, lleno de pecados, mentiras e infidelidades?" Sin duda, las Sagradas Escrituras hablan así del pueblo de Israel; esto no se puede negar. Mas, ¿cuál sería el veredicto que el Señor pronunciaría hoy sobre la Iglesia Cristiana? Y ¿qué les diría a todos esos cristianos que, en el nombre del Crucificado, causaron un tremendo baño de sangre a los judíos en Tierra Santa en el tiempo de las Cruzadas, tal como ocurrió aquí en Alemania? ¡Cuánta ceguera había en aquel tiempo y más aún hoy en día al condenar a otros cuando nosotros mismos nos hemos hundido en peores pecados! Aquel que camina en la verdad ve su propio pecado y no arroja piedras a otras denominaciones cristianas ni a su hermano mayor Israel; sino que se juzga a sí mismo. Esto es precisamente lo que hace Israel. Así escribe Lilli Simon de los judíos y de su actitud frente a sus pecados o, más específicamente a sus pecados como nación, en *Stimme der Gemeinde* (1 de septiembre de 1957, pág.522), bajo el título, "Israel und die Araber":

Ciertamente el Antiguo Testamento con sus libros históricos, es un ejemplo notable. Sea que Josué hace un discurso nacional para su pueblo; sea que Samuel ofrece una sinopsis de su historia; o que Salomón haga una dedicación del templo; que Esdras exhorte y reforme al pueblo que regresa del largo cautiverio; estos autoretratos de su propio pasado siempre son confesiones públicas de su culpa ante Dios. La historia escrita de Israel ha sido siempre de autoacusación. Esta actitud de autocrítica y autoacusación, arrepentimiento y confesión de culpa por lo que hicieron y por lo que aconteció algo poco común entre los pueblos occidentales, también caracteriza la vida del Israel moderno. Sólo cuando se tiene mucha cercanía con Dios es que una persona o nación adquiere esta actitud.

Más aún, al considerar la maliciosa acusación de que la misma Palabra de Dios presenta a Israel como desobediente y testarudo, debemos recordar que Israel es el hijo primogénito de Dios. Mientras que un padre tiende a ignorar las faltas del hijo de otra persona, él no procede así con su propio hijo, sino que lo disciplina, más aún con su hijo mayor, para que esto sirva de advertencia a los menores. Así ocurre con las medidas disciplinarias de Dios para con Israel, las que a

nosotros nos sirven de advertencia. Israel fue establecido como señal para todas las naciones, de que Dios odia y castiga el pecado.

Los voy a perseguir con guerra, hambre y peste. Haré que todas las naciones de la tierra sientan horror al verlos... Jeremías 29.18

Según esto, ¿hemos de pensar que el juicio se aplica solamente a Israel? De ninguna manera, porque el Señor dice:

Comenzaré a enviar mis castigos sobre la ciudad que me está consagrada. ¿Y creen ustedes que van a quedar sin castigo? Pues no se quedarán sin él, porque voy a enviar la guerra a todos los habitantes de la tierra.

Jeremías 25.29

Por lo tanto, no es porque Israel sea particularmente una nación pecadora que recibe los juicios divinos, sino porque son el pueblo escogido de Dios y tal como dicen las Escrituras, "Porque el Señor disciplina a los que ama, como corrige un padre a su hijo querido" (Proverbios 3.12, compárese Hebreos 12.6).

¿Cómo pudimos entonces llegar a una conclusión tan distorsionada y contraria a la Escri-

tura respecto al trato divino con los judíos? Nuestra arrogancia nos encegueció e incapacitó para opinar con amor. Esta es la diferencia entre el modo en que Dios Padre mira a Su pueblo Israel y el modo en que nosotros, los cristianos, miramos a Su primogénito. Dios mira a Su pueblo con amor paternal. En medio del juicio se detiene para decir:

El pueblo de Efraín es para mí un hijo amado; es el hijo que más quiero. Aun cuando lo reprendo, no dejo de acordarme de él; mi corazón se conmueve y siento por él gran compasión.

Jeremías 31.20

¡Si al menos los cristianos, hubiéramos mirado a Israel con la misma bondad! ¿Acaso no nos llamó nuestro Señor y Maestro para que amemos por sobre todas las cosas? Pero, en vez de mirar a Israel con ojos de amor, miramos y aún lo hacemos con arrogancia censora. No es sorprendente que tal actitud condenatoria nos haya llevado a juzgarla tan mal. Pues, ¿no es Israel un pueblo lleno de debilidades, imperfecciones y pecados, tal como lo somos nosotros y otros pueblos?

Si hubiésemos mirado a Israel con amor, habríamos tomado a pecho sus luchas y sufri-

mientos del pasado, recordando los caminos tan difíciles por los que transitó a través del desierto. Tendríamos que preguntarnos como cristianos si nosotros mismos hubiéramos sido capaces de pasar por semejantes pruebas de fe como tuvo que hacerlo el pueblo de Israel. Ellos, condenados a la destrucción, tuvieron que acercarse hasta el Mar Rojo antes de que ocurriera el milagro. Tuvieron que vagar por el desierto, tanto ancianos como niños, bajo el fulgor de un sol quemante, sin alimentos ni agua, enfren-tándose a su propia ruina un pueblo entero al borde de la muerte.

¿Quién de nosotros hubiera sido tan firme en su fe, como para creer firmemente que un milagro de Dios pudiera ocurrir? ¿Quién no se hubiera sentido lleno de ansiedad y temor, como para no rebelarse en contra de un destino tan duro? ¿Quién entre nosotros hubiera tenido el valor de salir hacia Canaán, la Tierra Prometida, sabiendo que se encontraba habitada por gentes de gran altura, gigantes que vivían en ciudades fortifi-cadas? Debemos recordar que Israel era un pueblo desarmado, pastores caminando por el desierto junto a sus jóvenes y viejos. Teniendo en cuenta que muchas veces nos olvidamos de confiar en la ayuda de Dios ante las pequeñas dificultades y disgustos de la vida diaria, ¿cómo

nos atrevemos a arrojar piedras contra el pueblo de Israel, del que acusamos de cobardía, desobediencia y obstinación? Actuamos así porque estamos ciegos ante el pecado de nuestros propios corazones y porque nunca hemos tomado realmente en serio la Palabra de Dios.

Hablamos mucho del velo que cubre los ojos de Israel. Existe ciertamente un velo hasta que los judíos reconozcan a su Mesías, pero ¿acaso no hay otro velo cubriendo nuestros ojos? ¿No somos nosotros muchas veces tan ciegos, que leemos las claras palabras de las Sagradas Escrituras sobre la elección de Israel, y aun así no conseguimos captar su significado y actuar de acuerdo a ellas? Mientras que nosotros los despreciamos por su ceguera espiritual y muchas veces los acusamos de blasfemia, los judíos religiosos reverencian la Palabra de Dios y Su Ley y no la profanan. Si nosotros hubiéramos mantenido esa actitud de santa reverencia hacia la Palabra de Dios, habríamos hecho caso de afirmaciones como las que siguen:

Los que contienden contigo (Israel) serán como nada, y perecerán. Isaías 41.11b

Cualquier que toca a mi pueblo, toca a la niña de mis ojos. Zacarías 2.8

*No te creas mejor que las ramas naturales...
recuerda que no eres tú quien sostiene a la raíz,
sino la raíz te sostiene a ti... No te jactes, sino
más bien siente temor.* Romanos 11.18,20

Mientras demostramos nuestra falta de reverencia para con la Palabra de Dios, resulta una experiencia conmovedora ver cómo los judíos, aun los así llamados no religiosos, tienen un temor respetuoso por ella. En mis viajes por Israel me encontré muchas veces con judíos emigrantes de Alemania y vi que, a pesar del trato inhumano que recibieron, no devuelven el odio violento de sus verdugos. Muchas veces me dijeron: "Se nos ha mandado amar a nuestro semejante, no a odiar." Podría suceder que en el día del juicio, ante el trono de Dios, nosotros los cristianos quienes hemos tomado la Palabra de Dios tan livianamente, seamos encontrados culpables, mientras que Israel sea aceptado por Dios porque reconoció y aceptó la verdad que hay en los Diez Mandamientos. Los cristianos, casi no hemos hecho caso del noveno mandamiento y hemos calumniado a Israel. Y, además, no hemos tomado en serio la ley fundamental del amor de Dios y de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Nuestro prójimo, según la interpretación de Jesús, es aquel que cayó en las manos de ladrones. Esta descripción

combina perfectamente con lo ocurrido a Israel en el transcurso de la historia y especialmente hoy en día. Nos hemos pasado al bando contrario, y así hemos pecado contra el primer y mayor mandamiento de Dios: el mandamiento del amor.

A la verdad, vemos muy bien los pecados de otros pero somos ciegos a nuestra propia culpa. A través de los siglos, y hasta el día de hoy, hemos acusado a los judíos de matar a Jesús, mientras que el mismo Jesús oró en la cruz, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23.34). Pero, ¿qué hicimos nosotros? Aparte del hecho de que también nosotros somos culpables de la crucifixión de Jesús (las Escrituras declaran claramente que tanto judíos como gentiles contribuyeron para la muerte de Jesús ver Mateo 20.18-19), nosotros hemos aumentado Sus sufrimientos afligiendo a los judíos. En todas las crueles persecuciones perpetradas contra el pueblo escogido, del cual Jesús provino y al cual El ama de forma especial, hemos despreciado a Jesús. Lo que hacemos al pueblo de Dios, lo hacemos a Dios mismo, tal como lo dice Su Palabra: "En toda angustia de ellos él fue angustiado" (Isaías 63.9).
¡Pobre de nosotros cuando se nos llame a rendir cuentas! Puede también acontecer que Jesús

encuentre Su semejanza en Israel y no en nosotros. Dos mil quinientos años de inconmensurable dolor la han empobrecido y sumido en la desdicha, para que en verdad se asemeje a la imagen de Jesús, "despreciado y desechado por los hombres". Pero nosotros que confesamos a Jesús con los labios puede que un día quedemos lejos de El por no estar dispuestos a sufrir el menosprecio, la desgracia, el rechazo, el odio y el tormento. Con excepción de los que sufrieron martirio de una forma u otra, la Iglesia Cristiana en general, desde el tiempo de Constantino, ha gozado de estima y, sentada y exaltada desde su trono, ha mirado con desprecio y juicio a su hermano mayor. Puede ser que no es casualidad que el observador imparcial de las estatuas llamadas "Sinagoga" y "Ecclesia" en el portal sur de la Catedral de Strasburgo, simpatice involuntariamente con la que representa a la "Sinagoga", que demuestra quebrantamiento y humildad, en vez de la "Ecclesia", que en sí misma irradia orgullo autoconsciente.

Por el hecho de que los cristianos hemos adoptado en general una actitud crítica, arrogante y sin amor para con los judíos ajena al espíritu de Jesús es que el odio a los judíos pudo ganar tan gran impulso a través de los siglos en países cristianos, tal como en nuestro propio país,

Alemania, terminando en los terribles acontecimientos de nuestro pasado reciente. La terrible avalancha que sobrevino para vergüenza y deshonra del pueblo alemán, fue poco a poco tomando fuerza a través de los siglos. Al principio parecía inofensivo. En el ámbito teológico se expresó la duda de que los judíos fueran aún el pueblo de la alianza. ¿Acaso no tomaron su lugar los cristianos como pueblo de la Nueva Alianza? Todas las declaraciones negativas de la Escritura se usaron para este fin.

Al principio el antisemitismo estaba confinado mayormente al clero, cuyas disertaciones teológicas eran dirigidas no sólo sin amor sino muchas veces hasta con franca malicia. Para justificar su posición, argumentaron que los judíos mataron a Jesús y que nunca quisieron aceptar la salvación, pero en el fondo con frecuencia se ocultaba el miedo de competencia. En vista de esta actitud del clero no sorprende que la comunidad cristiana medieval pronto se mostrara hostil hacia los judíos y que en el tiempo de las Cruzadas, a partir del Siglo XI, los judíos fueran violentamente perseguidos. Desde el Siglo XIII se tomaron medidas muy severas contra ellos en Inglaterra, Francia, España, Polonia y Alemania: expulsión, confinamiento en ghettos, privación de derechos, masacres

organizadas y haciéndolo cada vez en el nombre de los gobiernos o segmentos cristianos de la población.

De este modo el demonio consiguió que los cristianos le prepararan el terreno. La piedra que comenzara a rodar se convirtió en una avalancha porque nadie la paró. Y así creció en nuestros tiempos hasta un grado de bestial inhumanidad, excediendo en mucho todo lo que el mundo ya había presenciado: la masacre de millones de personas.

El hecho de que el odio a los judíos y el consecuente intento de su aniquilación llegara a tan alto grado en nuestros tiempos, indica que nos aproximamos al período anticristiano, que se caracteriza por el odio hacia Dios y a todo lo que es Suyo.

El odio manifestado por los antecesores del Anticristo, tales como Hitler, alcanzará su punto máximo en la verdadera era anticristiana. Entonces, aquellos que dentro del cristianismo han apoyado al antisemitismo, se encontrarán repentinamente entre las filas del Anticristo a quien habían estado sirviendo inconscientemente. Puede ser que ni siquiera le reconozcan como el Anticristo (de la misma forma que muchos cristianos en Alemania fallaron en

reconocer a Hitler como el enemigo de Dios), sin embargo incurrirán en el mismo juicio como él.

Al final de la era habrá una nueva división. Bajo la opresión del Anticristo, judíos y cristianos verdaderos se acercarán unos a otros. Según Daniel 12.1, los últimos días, la era anticristiana, será una época de sufrimientos sin precedentes para el pueblo judío, porque el Anticristo luchará contra todo aquel que teme a Dios los judíos, y naturalmente los cristianos también. También leemos sobre esto en Apocalipsis 7, donde Juan describe que son marcados con el sello miembros de las tribus judías para la época anticristiana.

Como ya fue dicho, al final de las épocas, los judíos y los cristianos sufrirán persecución de parte del Anticristo. A medida que el plan de salvación de Dios se acerque a su consumación, luego de un período de dos mil años, y surja un odio contra El, más fuerte que nunca, habrá una unión entre aquellos que se pertenecen porque temen al Dios Vivo y Le dan la gloria: los judíos y los cristianos.

Un anticipo de esto pudo verse en el período Nazi cuando tanto judíos como cristianos sufrieron persecución y a menudo compartieron

los campos de concentración, aunque los judíos fueron perseguidos mucho más duramente. Se sabe, sin embargo, que la intención de Hitler era proceder con la misma crueldad contra los cristianos, después de que hubiese ganado la guerra. Este acercamiento entre judíos y cristianos, bajo una persecución común, madurará en una unión aún más profunda cuando el Mesías se aparezca a los judíos.



"Ecclesia" y "Sinagoga"

**"A estos mis hermanos
más pequeños"
—¿Qué les hemos hecho?**

Sin embargo, en los últimos tiempos se despertarán muchos cristianos. Se darán cuenta de lo que han hecho, que han herido y perseguido al pueblo escogido de Dios. Tal como los judíos irrumpirán en lamento cuando "mirarán al que traspasaron" y "llorarán como se llora por el hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito" (Zacarías 12.10), así los cristianos por su parte se llenarán de dolor y de lamento por haber afligido al pueblo amado de Dios.

Pero entonces será demasiado tarde para mostrarles bondad. Ahora es el momento para que se despierte el pueblo del Nuevo Testamento: ahora, antes de que llegue la última hora y, con ésta, el juicio. Tomemos hoy nuestro lugar al lado de Jesús y miremos a Su pueblo con Sus ojos, llenos de amor y de misericordia. Y nos dolerá el corazón al ver a este pueblo escogido de Dios, errante a través de los siglos, oprimido, despreciado, evitado, desterrado y afligido de dolor como el Siervo sufriente de Dios en Isaías

53. Entonces, mirándolos a ellos, nos recordaremos de Él.

Israel, sin quererlo e inconscientemente, se ha convertido en un espectáculo ante el cielo y la humanidad, pues lleva consigo los rasgos del Siervo de Dios. El mirar a Israel debería recordarnos a nosotros los cristianos continuamente de Jesús: despreciado, destituido, cubierto de llagas, afligido, odiado, perseguido, atormentado y martirizado hasta la muerte. Aun cuando estas marcas soportadas por el pueblo de Dios también indican Su mano disciplinadora extendida en juicio sobre los pecadores, permanece el hecho de que a través de estos mismos tratamientos, Dios se proclama como el Santo de Israel.

Nosotros, como cristianos, deberíamos tener en alta estima a un pueblo que tanto se parece a Jesús. La imagen de los judíos, como un pueblo oprimido y afligido, pasando por el mundo, despreciados y rechazados, debería hacernos reflexionar en las palabras de Jesús referentes a los destituidos y necesitados: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25.40). ¿Quiénes pueden parecerse más a esta descripción hecha por el Señor "estos mis hermanos más pequeños" que Su pueblo de

Israel? ¿Quiénes han sufrido tanto desprecio a través de los siglos de parte de todas las naciones? ¿Quiénes han sido tan rechazados? ¿De quiénes la gente escondió su rostro? ¿Quiénes fueron perseguidos y atormentados con un odio tan grande? ¿Quiénes, como este pueblo de Dios, han sido tantas veces heridos y torturados hasta la muerte? Aquí, verdaderamente, están los hermanos de nuestro Señor Jesús.

Puede ser que hasta muchas veces Él se sienta más cerca de Su pueblo Israel que de los orgullosos cristianos que se niegan a reconocer su culpa para con los judíos, su impiedad al pasar por su hermano sin ayudarlo, cuando desesperadamente lo necesita. ¡Cuán lejos están del Evangelio, el cual puede resumirse en una frase: quebrantarse delante de Dios como aquel cobrador de impuestos penitente, confesando su culpa con contrición, y así recibiendo la gracia del perdón!.

Un día Jesús pronunciará contra tales creyentes estas palabras terribles: "Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo 25.41). Porque a los más pequeños de Sus hermanos se les dejó morir de hambre, se les negó refugio cuando desesperados de miedo estaban a punto de ser

enviados a la muerte, no se les visitó en su inmensa pobreza, y cuando hubiera sido posible, no se les visitó cuando estaban enfermos y en prisión.

¡Qué pocos fueron los cristianos que mantuvieron relaciones cordiales y fraternas con sus conciudadanos judíos, por amor a Jesús! ¡Cuán pocas fueron las veces que protegieron a su hermano mayor de la humillación y la calumnia! Sin embargo hay sólo una medida válida delante de Dios: "Si entienden estas cosas y las ponen en práctica, serán dichosos" (Juan 13.17); "un verdadero cumplidor de la Ley, será feliz al practicarla" (Santiago 1.25).

El Señor Jesús se interesa por lo que hacemos, y un día declarará a todo el que dijera "Señor, Señor" sin cumplir con la voluntad del Padre celestial, por más que hubieran "creído" mucho en Jesús: "Nunca los conocí" (Mateo 7.21-23). Puede que Él no pueda mostrarnos Su misericordia porque hemos pasado por alto a Su pueblo, a pesar de que Le llamamos fuente de nuestro perdón y justificación. Y puede ser que en vez de eso, Le escuchemos pronunciar Sus lamentos sobre nosotros: "Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desdichado,

miserable, pobre, ciego y desnudo" (Apoc. 3.17). Quizás este lamento desde hace ya tiempo haya sido pronunciado sobre nosotros, y tales palabras pronunciadas por Jesús constituyen un veredicto terrible. Jesús llama benditos a los pobres y a los que lloran. Si el pobre Lázaro cuando murió fue llevado por los ángeles al seno de Abraham (Lucas 16.22), aquellos millones de judíos que dieron su último respiro en circunstancias de atroz crueldad, ¿acaso no serán también consolados en el seno de Abraham? ¿No son ellos Lázaro? Y nosotros somos los ricos ante cuyo portal él yació nosotros que lo teníamos todo, nosotros que no éramos los parias. El deseaba vivir de nuestras migajas; pero no se le permitió vivir, porque no se encontró en nosotros una cosa: misericordia. No hubo misericordia, porque nosotros, a pesar de que decíamos ser seguidores del Señor de la misericordia, nada sabíamos respecto del amor misericordioso.

¿Dónde estaba el Buen Samaritano cuando los judíos cayeron en manos de los asaltantes? ¿Dónde estaba la Iglesia Cristiana que se supone debe seguir Su ejemplo? Aparte de algún cristiano aquí y allá que secretamente escondió a unos judíos en su casa o les ayudó de alguna otra manera, en general los cristianos fallaron en el momento de mayor necesidad por la que pasaba

Israel. Fue evidente que la Iglesia Cristiana no era como Jesús, ni tampoco un verdadero discípulo Suyo. En vez de actuar como el Buen Samaritano, pasó de largo como hicieron el sacerdote y el levita (Lucas 10). Sabemos que Jesús pronunció Su lamento sobre los escribas y fariseos. Ese lamento está también sobre nosotros.

Hay sólo una cosa que podemos hacer ahora: echarnos a los pies del Padre como el hijo pródigo y confesar: "Ya no soy digno de ser llamado tu hijo" (Lucas 15.21). Ni siquiera somos un pálido reflejo de la naturaleza de Dios Padre, cuya esencia es el amor misericordioso. El pueblo de Israel no encontró este atributo en nosotros.

Entonces, ¿cómo los judíos van a creer en Jesús? ¿No fuimos nosotros mismos los que colocamos una venda sobre sus ojos? No pueden ver a Jesús a causa de nuestra conducta. No pueden creer en Él porque nuestras vidas no reflejan la imagen de Jesús; más bien les hemos mostrado una imagen de crueldad. Al respecto, un judío de nuestros tiempos comentaba: "Las cosas que ustedes hicieron en Alemania resuenan tan fuertemente que no puedo escuchar sus palabras". Lo que predicamos sobre Jesús debe herir el corazón de los judíos, considerando las

crueldades que perpetramos contra ellos en nombre de este Jesús, tanto desde el tiempo de las Cruzadas como hasta el día de hoy. Y no sólo eso. ¿Cuántos actos de amor hemos omitido? Así compartimos la horrible culpa de asesinar seis millones de judíos en nuestra nación. Esta culpa aún pesa sobre nosotros como una nube oscura.

Haz clic en la foto



La Inquisición Española

La dimensión de la culpa alemana

¿Podemos nosotros los alemanes realmente continuar caminando bajo el cielo abierto de nuestra madre patria, de día en el sol y de noche bajo las estrellas, gozando de todo ello, sin sentimiento de vergüenza? ¿Acaso no deberíamos siempre recordar que no hace mucho tiempo, bajo ese mismo cielo, en medio de nuestro pueblo, se levantaban gigantescas llamas de los cuerpos quemados de millones de personas, día y noche? ¿No eran esas llamas como un grito de desesperación y un dedo de acusación erguido? Sin duda, habiendo sido testigos de estos crímenes, el sol debería cubrirse y las estrellas dejar de brillar. Pero no sólo fueron el sol, las estrellas y el firmamento; el mismo corazón de Dios Padre tuvo que presenciarlo. ¡Qué dolor inimaginable debe haber sentido al contemplar los horrores de los campamentos de concentración y a todas esas personas desesperadas quienes fueron Sus criaturas y miembros de Su amado pueblo escogido!

Aquí, hombres endemoniados, obsesionados por el odio contra Dios, crearon un infierno para sus semejantes. Ahora podemos imaginarnos cómo ha de ser el infierno, el dominio de Satanás. La

Sagrada Escritura lo describe como un lugar de lloro y crujir de dientes. Podemos concebir esta idea al leer los informes de los campamentos de exterminio. ¿Creemos ahora que el infierno existe realmente? Lo haremos, si creemos en el ajuste de cuentas.

Si los secuaces de Satanás aquí en la tierra, que diseñaron y dirigieron estos campos, pudieron concebir y construir semejante lugar infernal, ¿cómo ha de ser el infierno mismo, gobernado por su príncipe? Y los que le sirvieron aquí tendrán que servirle también allá. Cosecharán lo que aquí sembraron: para ellos habrá en la eternidad un Auschwitz cien o un millón de veces más terrible.

Si nuestro Señor Jesús recompensa en un cien por ciento a los que lo dejaron todo y sufrieron por Su causa, también Satanás recompensará a sus servidores. Pero nosotros sabemos cómo son sus recompensas. La recompensa por los que le sirven aquí es que se les aparece como su acusador y los lleva con él a su espantoso reino para atormentarlos por toda la eternidad. Al ver esos hornos crematorios en los campos de concentración, aquellas llamas infernales inspirados por Satanás en nuestros tiempos, no tiene porqué sorprendernos que los hombres medievales ha-

yan pintado al infierno como un lugar de llamas eternas y humeantes.

Cierta vez Goethe dijo que "todo lo transitorio es meramente simbólico". Así, todo lo hecho y creado en nombre de Dios es simbólico de lo que crea Dios Padre. Es símbolo de Su amor, de Su bondad, de los gozos que nos tiene preparados. Es símbolo del mundo celestial y del hogar del Padre. Pero lo que se hace en nombre de Satanás por personas hostiles a Dios es símbolo de lo que sucede en el reino del infierno.

Nosotros los alemanes, fuimos secuaces de Satanás. Ese infierno fue creado en medio de nuestro pueblo. Después de conocer los relatos de los sobrevivientes, solamente podemos confesar de que nunca antes en toda la historia, un país civilizado fue culpable de un crimen de tal magnitud como fue el cometido aquí en Alemania, un país cristiano y culto. Aquí Satanás pudo establecer su gobierno y construir lugares infernales como nunca antes habían existido. En sólo unos pocos años, millones de personas fueron asesinadas, llevadas a las cámaras de gas, quemadas vivas o torturadas hasta la muerte, de toda forma imaginable. ¿Cómo se puede aún disfrutar de una abundante comida sin visualizar esos cuerpos enflaque-

cidos de miles de víctimas en los campamentos de concentración?

A. Hochhäuser informa de estos horrores en „Unter dem gelben Stern“:

El tren que nos llevaría a Buchenwald fue desviado a una vía lateral, y pronto la lamentable carga de personas a punto de morir de hambre estaba en camino. Estábamos muy deprimidos. Después de dos horas de viaje llegamos a nuestro destino, pero la última parte del camino tuvimos que hacerla a pie. Al llegar al campo estábamos totalmente exhaustos y agotados. Los dolores producidos por el hambre eran ya casi insoportables y el frío intenso colmaba nuestro cáliz de aflicción. Ansiábamos al menos encontrar una cama para nuestros fatigados cuerpos.

Miles de personas estábamos paradas en un enorme campo abierto, toda una ciudad en desgracia. En ese momento Buchenwald alojaba unas sesenta mil personas y era inconcebible que esa cantidad pudiera ser duplicada en aquella ocasión. Tuvimos que esperar y esperar, sin que nada fuera hecho para aliviarnos. Pasaron tres días enteros antes de que fuéramos despiojados.

No recibimos comida ni agua y miles morían diariamente. El servicio médico y el crematorio

trabajaban sin parar. Y rápidamente los cadáveres se apilaban como montañas. Algunos de los que estaban allí pagaron con sus vidas por haber luchado para ser despiojados más rápidamente. Se nos amontonó en grandes piletas llenas de desinfectante, muriendo también muchos dentro de ellas. Las innumerables heridas que teníamos quemaban como el fuego cuando tomaban contacto con el desinfectante caliente, produciéndonos un dolor espantoso. Después de ser despiojados fuimos vestidos. Se nos dio unos zuecos de madera y trapos para los pies, camisa, pantalones y un saco de lienzo. Como aún estábamos en febrero y todavía hacía bastante frío, esta clase de ropa prácticamente no nos protegía en contra del clima. Por fin recibimos la muy esperada primera ración de comida en el campo de concentración de Buchenwald. Para los que aún éramos suficientemente fuertes para recibir la comida, ésta nos dio nuevas fuerzas. Pero hubo otros que estaban tan débiles que murieron antes de llegarles el turno. Por la mañana, los cuerpos de los que habían muerto de hambre yacían delante de cada barraca, listos para ser llevados al crematorio por los "transportadores del cielo". En nuestros cuartos las camas ni siquiera consistían en tablones, sino que eran como estantes puestos unos arriba de otros, como si

estuviéramos en depósitos. Frazadas o cualquier otra clase de cobertores eran completamente desconocidas. Sin embargo, no era nada fácil asegurarse un lugar de descanso tan primitivo como éste. Si alguien no estaba en su compartimiento a tiempo, después que se pasaba lista, éste era obligado a acostarse toda la noche sobre el suelo o permanecer contra la pared.

Además de las barracas de los prisioneros había en Buchenwald un colegio grande de los S.S. y un centro de entrenamiento de perros, a los que instruían para despedazar a las personas...

Buchenwald era el infierno en la tierra... Cuando los Aliados llegaron allí, encontraron cientos de cadáveres y moribundos reducidos a esqueletos. Como ejemplo, de seiscientos judíos noruegos que estaban en Buchenwald desde 1942, sólo uno sobrevivió para ser liberado.

¡Y esto fue lo que hicimos nosotros, los alemanes! Nadie puede exonerarse a sí mismo de culpa, pues la culpa colectiva es una realidad. Daniel, en su oración de arrepentimiento, pide a Dios que le perdone su pecado y el pecado de su pueblo (Daniel 9.15-20), aunque él fue uno de los que fueron leales a Dios y guardaron Sus mandamientos. Pero como miembro de su

pueblo, Daniel debía aceptar la culpa de ellos como si fuera la suya propia. De la misma forma, no podemos desligarnos de nuestra familia cuando uno de ellos comete un crimen. En vez de eso, sólo podemos expresar dolor y consternación que tal cosa pudiera acontecer en nuestro seno familiar. Nos sentimos avergonzados y también responsables, intentando si es posible reparar el daño causado por ese familiar. ¡Cuánto más ha de aplicarse esto a los hechos relacionados con nuestra nación! Ciertamente nadie puede aliviarnos de esta vergüenza, como constató el Presidente de la República Federal de Alemania Occidental, Teodoro Heuss, en ocasión de la inauguración del monumento conmemorativo en el campamento de concentración Bergen-Belsen.

Sin embargo no es suficiente que reconozcamos nuestra culpa nacional a causa de los hechos cometidos por nuestro pueblo, los que nos han avergonzado y deshonrado ante todas las demás naciones y ante cada persona moralmente sensible y civilizada. También somos culpables personalmente. Y todos tenemos que admitir que si nosotros, nos hubiésemos unido como comunidad cristiana en un solo cuerpo, y si después de la quema de las sinagogas hubiésemos salido a las calles en señal de repudio, haciendo sonar las

campanas de las iglesias y boicoteando, de algún modo, las acciones de los S.S., los siervos del diablo muy probablemente no hubieran tenido tanta libertad para efectuar sus planes malignos. Pero nos faltó el ardor del amor: el amor que nunca es pasivo; el amor que no puede tolerar ver a sus semejantes en desgracias, particularmente cuando se los somete a maltrato y tortura hasta la muerte. Sin duda, si hubiéramos amado a Dios, no hubiéramos soportado el ver esas casas de Dios incendiadas; y una ira santa, divina hubiera dominado nuestra alma. Fuimos tibios, y el Señor dice de estos, "te vomitaré de mi boca" (Apocalipsis 3.16). Debido a su indiferencia, los tibios pueden acarrear más culpabilidad ante los ojos de Dios que aquellos que se comprometen activamente con la maldad. Estos, en sus malas acciones, quizás puedan ser convencidos más fácilmente de sus pecados que los tibios.

¡Oh! que nosotros como alemanes y cristianos podamos levantarnos espantados y exclamar una y otra vez, "¡Qué hemos hecho!". Y ante cada nueva evidencia de nuestra culpa podamos repetir este lamento. Del modo más perverso fueron masacrados no sólo hombres y mujeres pertenecientes al pueblo de Dios sino también niños, innumerables cantidades de niños pe-

queños e inocentes. Oigamos nuevamente a Lucie Adelsberger:

De acuerdo al reglamento de los S.S., cada niño judío acarreaba automáticamente la muerte de su madre. El campo de concentración no aceptaba niños judíos. Aparte de unos pocos que no fueron descubiertos, los otros a su llegada fueron arrojados al fuego vivos o ya muertos con gas. Pero esto no sólo sucedía con los niños sino también con las madres. Toda mujer que llevara con ella un niño, aunque fuese de otra y lo estuviese cuidando, estaba destinada a morir. Los más viejos y experimentados prisioneros solían intentar en la rampa separar a los niños de sus madres y pasarlos a las abuelas, quienes de todos modos morirían en las cámaras de gas, debido a su edad avanzada. Era desgarrador ver como las madres no querían separarse de sus hijos, desconociendo, aunque muchas lo sabían que esto significaba que morirían juntos, y escuchar a los hombres después de su llegada, preguntar ansiosamente por sus esposas e hijos.

Muchas veces llegaban mujeres embarazadas al campo de concentración. Y a algunas de ellas se las obligaba a abortar, aunque estuvieran ya en su cuarto o quinto mes, sin importarles los

peligros a los que las exponían a esa altura de su embarazo... Las mujeres judías que estaban embarazadas y a su llegada lograron escapar de la cámara de gas y del aborto, daban a luz normalmente. Estuvieron bajo el cuidado de médicos y de enfermeras, en cuanto eso fuera posible dentro del campamento de concentración. No obstante, tan pronto como el recién nacido abría los ojos a este mundo, ocurría lo increíble. A ambos se les asignaba a la muerte y dentro de la semana se les llevaba a la cámara de gas.

¡Oh! ¿Quién puede ahora mirar a los niños alemanes jugar alegremente sin pensar en los miles y miles de niños que gritaban llenos de angustia y terror mientras eran quemados vivos o cuando, con o sin sus padres, eran asfixiados en las cámaras de gas hasta la muerte! No cerremos los ojos sino que enfrentemos lo que hicimos, pues esa es la cruda realidad y la sangre inocente reclama un castigo justo: "si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto" (Apocalipsis 13.10). Esto es lo que dice la Sagrada Escritura.

La respuesta de Dios y nuestra reacción

¿Nos damos cuenta de que, según la justicia de Dios, nosotros, nuestro país, estamos condenados a la muerte por aquello que hemos hecho asesinando en una forma brutal a millones de personas inocentes? ¿Nos damos cuenta de que la espada del juicio de Dios está suspendida sobre nosotros y que sin falta caerá si no nos arrepentimos y obtenemos perdón por nuestros pecados?.

El castigo divino ya comenzó a alcanzarnos. En pequeña medida hemos recibido nuestro merecido. ¿Acaso no incendiábamos las sinagogas, y después las iglesias en casi todo el país desaparecieron en las llamas? Arrojamus a los judíos de sus hogares de manera que tuvieron que huir bajo las más crueles circunstancias. Luego, largas columnas de refugiados alemanes debieron cruzar el territorio. Al forzar a los judíos a emigrar y al deportarlos, separábamos despiadadamente a familias; después la Cortina de Hierro separó a los nuestros, dividiendo familias enteras. Enterramos vivos a los judíos y los alemanes fueron sepultados vivos bajo sus casas derrumbadas. Sí, el juicio que vino sobre

nosotros en forma de bombardeos masivos y la invasión de nuestro país es la respuesta de Dios a las atrocidades que cometimos contra Su pueblo escogido. Aun así, esa respuesta no se acerca ni siquiera a los castigos que merecemos por nuestros crímenes. Dios aún nos está dando tiempo para el arrepentimiento.

¿Qué otros juicios entonces todavía nos aguardan? Dios es santo y Su ley irrevocable. Es una verdad espiritual que el hombre sea castigado en la misma medida de sus pecados. Nosotros preparamos un infierno para millones de personas que eran conciudadanos nuestros, que sirvieron a nuestro país, inclusive muriendo en los campos de batalla. ¿No pide la justicia por lo tanto que nosotros mismos experimentemos el infierno en la tierra? Sí, si no nos arrepentimos, nos espera en Alemania un juicio de Dios como una noche oscura de destrucción, calamidad y muerte. Así como murieron cruelmente millones de judíos, millones de alemanes hemos de perecer horriblemente cuando las hordas crueles marchen por nuestro territorio, estableciendo campos de concentración similares y sometiendo a muchos a una muerte horrible. ¿Acaso no dijo el mismo Señor que Él vengaría a Su pueblo y aniquilaría a las naciones (Isaías 63.4,6)? Más aún, Él dijo a Israel:

Yo me enfrentaré con los que te buscan pleito; yo mismo salvaré a tus hijos. Obligaré a tus opresores a comer su propia carne...Así toda la humanidad sabrá que yo, el Señor, soy tu salvador, que yo, el Poderoso de Jacob, soy tu libertador.

Isaías 49.25-26

Sí, las Escrituras señalan claramente que Su pueblo vivirá mientras que las naciones perecerán, en primer lugar aquellas que afligieron a Israel. Aquel que toque a la niña de Sus ojos morirá porque ha atacado a Dios mismo. Reiteradas veces Dios ratifica Su unión con Su pueblo, llamándole Su esposa, Su elegida, Su amada.

A causa de nuestro crimen nacional contra Israel y por lo tanto en contra de Dios mismo, todavía estamos bajo juicio. Y siempre que vemos algo que tiene que ver con los judíos, siempre que los encontramos, siempre que oímos hablar de ellos, ya sea aquí o en el estado de Israel, cada judío es un dedo que señala nuestra culpa, aun en su silencio, porque está marcado con las innumerables heridas que le hemos infligido, tanto en su cuerpo como su alma.

Al lado de cada alemán hay, invisiblemente, un hermano judío, que haya pasado al reino de los muertos o que aún sobrevive, pero cada uno marcado con el terror y la muerte – y cada uno de ellos nos acusa. ¿Quién puede absolvemos de tal culpa? Solamente Jesús, nuestro Salvador, puede perdonarnos – dado que cuando nos hayamos quebrantado al pie de la cruz con lágrimas de arrepentimiento. Jesucristo perdona el pecado solamente del pecador de corazón quebrantado y contrito. Sólo se puede cancelar la maldición del juicio si hay arrepentimiento.

En vista de todo esto, ¿qué vamos a hacer? Arrepentirnos. El primer paso es reconocer nuestra culpa. Luego necesitamos demostrar con acciones que estamos llenos de contrición por lo sucedido, haciendo reparación precisamente en donde hemos fallado. Prueba de esto lo vemos en las instrucciones que Juan el Bautista dio a los que se aprovecharon de otros. Como señal de un arrepentimiento verdadero debían ser más que generosos con los otros dando de lo que tenían: "El que tiene dos túnicas, dé a al que no tiene" (Lucas 3.11).

En el Antiguo Testamento leemos sobre la institución de la ofrenda de expiación. Por ejemplo: aquel que pecó defraudando a otro, debía resti-

tuir íntegramente, añadiendo un quinto más, devolviéndolo a quien lo poseía (Lev. 6.2-5).

Considerando cuán deplorablemente fallamos en el amor, ¿no debemos acaso nosotros como pueblo del Nuevo Testamento, sentirnos apremiados por el amor de Cristo, a demostrar cien veces más amor y bondad a nuestros hermanos y compatriotas judíos?.

Es cierto que no podemos realmente reparar todo los daños hechos. Los sobrevivientes, muchos de los cuales ahora viven en Israel y están tratando de reconstruir su vida, llevarán para siempre heridas y cicatrices en lo profundo de su ser, porque fueron cruelmente asesinados sus parientes, padres, esposas, hijos, hermanos – a menudo diez o veinte de ellos. No podemos devolverles la vida, aunque diéramos nuestras vidas a cambio. Tampoco, jamás podremos curar todas las heridas o quitar la brutalidad con que fueron tratados. No podemos remover el dolor de sus corazones. Apenas nos es posible derramar aceite sobre sus heridas. Pero esto podemos hacer. Si no lo hemos hecho, significa que todavía no hemos dejado que Dios nos convenciera de nuestra culpa y que aún no estamos viviendo en un estado de arrepentimiento. Si no nos sentimos motivados a acercarnos a nuestros conciudadanos judíos, o a los judíos que viven

en Israel, para demostrarles toda la bondad que podamos, entonces aún queda pendiente sobre nosotros el juicio de Dios y Le estamos provocando para que nos trate con la mayor severidad.

Todos vivimos en temor de una guerra nuclear y de la terrible devastación en que resultará. ¿Qué país sufrirá más? El futuro queda en las manos del Dios Santo y Justo, quien juzga con justicia. ¡La desgracia caerá sobre nosotros en Alemania, si no hay un arrepentimiento generalizado, especialmente entre los cristianos, por las atrocidades que hemos cometido y el alcance de nuestra culpa! Y en el juicio divino que está por venir, seremos entonces nosotros los que suframos.

Es un hecho real que aquellas naciones que ofrecieron refugio a los judíos y cuidaron de ellos, se salvaron de los mayores estragos de la Segunda Guerra Mundial. ¿Esto no nos da para pensar? Vea a Dinamarca, por ejemplo. Se levantaron todos juntos con su rey, y resistieron valerosamente las medidas antisemíticas ordenadas por Hitler, identificándose con la causa judía y trasladando a los judíos a un lugar seguro en Suecia. Pero para nosotros, que hemos pecado tan gravemente en contra de Israel, nos queda un solo recurso. Si no queremos cosechar lo que sembramos, ahora necesitamos arrepentirnos

para que así nuestra culpa pueda ser expiada. ¿Qué significa "ser expiada"? En Isaías 27.9 leemos, "Así será expiada la iniquidad de Jacob [Israel]". ¿De qué manera? Cuando Israel fue exiliado y capturado. Israel tiene que expiar su culpa sufriendo las consecuencias de sus pecados y soportando el castigo.

Aquí Dios habla de la expiación hecha por el hombre, aunque Israel sabía que su culpa sólo podía ser removida mediante el sacrificio expiatorio de sangre derramada. El hecho de que nuestras culpas han sido borradas mediante Jesús no nos libera a nosotros los cristianos de sufrir las consecuencias de nuestras faltas. Deberíamos estar dispuestos a sufrir el castigo por nuestras culpas personales y también en una forma más amplia, por los pecados de nuestra nación, porque Dios está buscando a aquellos que se "coloquen en la brecha". El aguarda estas almas (Ezequiel 22.30). Por causa de ellos El puede tener misericordia de nuestro pueblo e impedir que sea entregado al juicio, de la misma forma en que El hubiera perdonado Sodoma y Gomorra por causa de unos pocos justos. Pero quien aún lleve sangre en sus manos, sangre por la cual no fueron derramadas lágrimas.

Quien rehúsa ser convencido de nuestro crimen contra los judíos, no tendrá autoridad para orar a Dios, pidiendo que proteja a nuestro pueblo de nuevas aflicciones. Así está escrito:

Cuando ustedes levantan las manos para orar, yo aparto mis ojos de ustedes y aunque hacen muchas oraciones, yo no las escucho. Tienen las manos manchadas de sangre. ¡Lávense, límpiense! ¡Aparten de mi vista sus maldades, dejen de hacer el mal! ¡Aprendan a hacer el bien!

Isaías 1.15-17

Pero si, abriéndonos a la obra del Espíritu Santo, aceptamos el juicio divino y lo soportamos; si por causa de nuestra culpa personal y nacional con relación a Israel nos humillamos bajo la poderosa mano de Dios, que está extendida en juicio sobre nosotros como nación; y si, al pensar en Israel, estamos dispuestos a someternos a Sus disciplinas y juicios en nuestras vidas personales, podemos estar seguros de que esto agrada a Dios. Resultará natural que donde antes causamos daño, ahora nos sintamos motivados a hacer el bien.

Dios espera en vano el arrepentimiento

Todavía Dios está esperando, en gran parte en vano, el arrepentimiento de nuestro pueblo. Por eso Su mano está aún extendida sobre nosotros con ira y juicio y no con bendición. El río de nuestras lágrimas de arrepentimiento debería fluir primeramente sobre las fosas donde los judíos fueron enterrados en masa; y así Dios podría perdonarnos nuestros pecados y nuestra culpa estaría cubierta por la gracia de Dios. Porque donde abunda el pecado, aun más abunda la gracia. La gracia es concedida a los pecadores que derraman lágrimas de arrepentimiento y motivados por la contrición, corrigen sus caminos y hacen el bien.

Pero, ¿cómo podemos huir de Su ira, dónde podemos escondernos de la ira de Dios vivo mientras esta condición no esté cumplida? Aun si fuésemos al "extremo del mar", allí también Su mano nos agarraría, y en cada rincón Su llamada nos alcanzaría: – "¿Dónde está tu hermano Abel? – ¿Dónde está tu hermano Israel? – ¿Dónde está?". Luego Dios señalaría a Auschwitz, Treblinka, Maidanek, Belzec, Gross-Rosen, Sobibor, donde se encontraban las

chimeneas humeantes. Hasta el día de hoy, se puede ver los campos donde estos hermanos nuestros soportaron los horrores del infierno. Y Dios diría: "Aquí está tu hermano Abel. ¡Demando su sangre de tus manos, pueblo alemán!" Si Caín no halló descanso de día ni de noche por haber asesinado a su hermano, ¿cómo podemos nosotros, los alemanes, esperar encontrar descanso?

De las palabras de Caín, "Yo no puedo soportar un castigo tan grande" (Génesis 4.13), es evidente que no llegó al arrepentimiento. Si nosotros, los alemanes, al menos admitiéramos que nuestro pecado es grande, pero la mayoría no ve ni reconoce la verdadera dimensión de nuestra culpa. De otra manera, ¿cómo es posible que todavía la Iglesia Cristiana permanezca tan indiferente a Israel, después de todas las atrocidades que acontecieron? ¿No deberíamos sentirnos avergonzados y agachar nuestras cabezas? ¿Cómo podemos mirar de frente a un judío después de todo lo que hemos hecho a su pueblo? Extrañamente, sin embargo, hemos perdido en este crucial asunto todo sentido de honor y de vergüenza. No nos damos cuenta realmente de este terrible pecado, aunque nosotros, los cristianos, hablamos tanto del pecado y la justificación y del perdón de los pecadores. A

pesar de todo lo que hemos aprendido, realmente no sabemos del significado del pecado, del perdón y de la justificación. No sabemos que somos nosotros los pecadores que necesitamos del arrepentimiento; y que nosotros dependemos de la gracia de Dios y Su perdón.

Porque no estamos conscientes de nuestro pecado, no buscamos Su perdón. Por lo tanto, nuestra culpa aún pesa enormemente sobre nuestros hombros. Y porque no estamos dispuestos a someternos al veredicto de Dios sobre la culpa de nuestra nación, no estamos dispuestos a aceptar el castigo y la corrección, y a humillarnos bajo la mano poderosa de Dios cuando descargue un golpe sobre nosotros y nuestro pueblo.

En la guerra mundial que se aproxima tengamos en cuenta de que sólo recibimos la justa recompensa cuando las calamidades recaigan sobre nosotros. Si solo tuviésemos una mínima noción de nuestra culpa, tanto personal como colectiva, nos arrepentiríamos. Si tuviéramos sólo una pequeña vislumbre de la verdad, no podríamos encontrarnos con nuestros hermanos judíos sin postrarnos delante de ellos en espíritu y suplicar perdón. Estaríamos profundamente avergonzados al pensar que nosotros, los alemanes, haya-

mos cometido este crimen tan atroz en contra de ellos. ¿Acaso, nosotros los alemanes no nos sentíamos tan orgullosos de nuestro respeto a la ley y la justicia? Sin embargo permanecemos callados ante semejantes injusticias, mientras que los daneses actuaron para proteger a los judíos.

Aún suponiendo que nuestro silencio se debió a que nos aterrorizaba la posibilidad de ser llevados a un campo de concentración y encontrar allí una muerte horrible, ¿no debiera avergonzarnos ahora nuestra cobardía? ¿No nos remuerde la consciencia, después de saber del sufrimiento de los judíos, que se pudo consumir debido a nuestro silencio; de la extensión de sus persecuciones; de las pasiones diabólicas desatadas contra ellos y de la barbaridad a la que fueron sometidos? ¿No deberíamos estar profundamente sacudidos y quebrantados por la enorme culpa que hemos acumulado como alemanes?.

Sin embargo, en conferencias cristianas y otros lugares, con muy poca frecuencia se expresa espanto y dolor por nuestro crimen nacional. ¿Dónde están las conciencias que sienten algún remordimiento? ¿Dónde están las grandes asambleas que convocan al arrepentimiento? ¿Dónde está la iglesia que regularmente ofrece oraciones de arrepentimiento por nuestro crimen contra

Israel? Oramos por avivamientos, pero no vienen. Es como si una maldición estuviese sobre la comunidad cristiana, la maldición de la falta de arrepentimiento por nuestra culpa contra Israel.

¿Qué se ha hecho para expiar nuestra culpa? ¿Dónde están aquellos que voluntariamente se someten al veredicto de Dios, y que por causa de esta culpa, han servido a Su pueblo con alegría y un amor sacrificial? ¿Dónde están aquellos que se humillan profundamente ante su culpa y que como la gran pecadora (Lucas 7), maravillados por el don del perdón, se llenan de un amor rebosante hacia Dios y sus semejantes, y particularmente hacia aquellos contra quienes pecaron? Una señal de vida verdadera nacida del perdón, es el derramamiento de un gran amor. ¿Quiénes de nuestro pueblo ya han recibido este perdón en respuesta a un genuino arrepentimiento por nuestra gran culpa hacia Israel?.

No puede haber muchos, pues raras veces se oye decir que se tenga un amor especial hacia los judíos; que se les ha derramado bondades; que tiempo, dinero y cualquier cosa preciosa o de valor para uno, sea sacrificada en favor de ellos. Al contrario, nuestra tendencia es demostrar vergüenza y falta de amor para con nuestros hermanos judíos que hoy han vuelto a vivir entre

nosotros. No les prestamos atención, no les ayudamos. Dejamos que los menosprecien sin decir nada cuando una vez más llegan a ser objeto de injurias. También es un hecho de que en diversos lugares los cementerios judíos son descuidados tal como sucedió en los días de Hitler porque las comunidades judías han desaparecido prácticamente y hay muy pocos entre nuestro pueblo cargado de culpa, que tomen la responsabilidad de su mantenimiento. Muy al contrario, de vez en cuando unas manos sacrílegas causan daño.

El mantenimiento de esta actitud es demostrado aun por otro hecho. Todavía hay muchos judíos esperando los pagos de restitución, y por este motivo, tienen que vivir bajo condiciones muy desfavorables, especialmente en París, sin que nadie se ocupe de ellos. ¿No debería el pueblo alemán tomar esta oportunidad para donar dinero y bienes a nuestros hermanos judíos y así tratar de mejorar, aunque sea un poco, su situación? Pero ¿cuántos de ellos, debido a los malos tratos que recibieron, están mutilados para el resto de su vida, o sufriendo de molestias incurables, y están esperando por alguien que les ayude? No tenemos ninguna excusa para no comprometernos personalmente. No se justifica que estemos esperando cómodamente algún tipo

de reparación oficial de parte del gobierno, porque esto no es más que una deuda de honor que debe ser saldada por parte de cualquier estado constitucional, y esto no nos absuelve de una responsabilidad personal y más profunda delante de Dios y de nuestros hermanos judíos.

¿Cuánto ha sacrificado el pueblo cristiano por la nueva patria de Israel que ahora se está levantando con tan grandes esfuerzos? Si surgiera un arrepentimiento verdadero en las iglesias cristianas, con un deseo de reparar los daños ocasionados, ¿no sería cada cristiano inspirado a donar por lo menos un olivo, la "unidad estructural" vital de la forestación israelí? Podríamos también encontrar otros modos de ayudar al desarrollo de Israel, ya que existen numerosas instituciones que se puede ayudar con contribuciones voluntarias. *(Haz clic en la foto)*



El juicio es inminente

Si aún después que la extensión de nuestro crimen nacional ha sido esclarecida, seguimos con los ojos vendados, sin arrepentimiento e indiferentes respecto de quienes hemos afligido, entonces continuamos acumulando más culpa hasta la hora del juicio. Sólo podemos clamar: "¡Despierta, despierta, pueblo alemán!" El temible juicio de Dios es inminente. Y así como el Israel del Antiguo Testamento una y otra vez desatendió a las advertencias del juicio divino, tampoco queremos creer que un juicio vendrá sobre nosotros. Sin embargo tenemos a Israel como prueba, como señal visible, de que toda palabra de Dios se cumple. Con nuestros propios ojos podemos ver cómo, de acuerdo a la promesa, los judíos están volviendo de la dispersión a la tierra de sus antepasados.

Anteriormente también vimos, que la amenaza de la dispersión fue cumplida, como resultado de su desobediencia. Con igual precisión las promesas y maldiciones que Dios pronunció sobre aquellos que tratan con Israel se están cumpliendo: la bendición sobre los que bendicen a Israel y le muestran bondad; juicio sobre los que le causan cualquier dolor o destrucción. La Palabra de Dios no puede fallar. Y aquello que

El dice es Sí y Amén, y acontecerá en el momento adecuado.

¿Cuándo descenderá la espada del juicio divino? Podemos sentir que este día no está muy lejos. La mano del Señor puede detenerse si encuentra gente que se someta de antemano a Sus juicios, se arrepienta y expíe sus pecados. ¿Cuántas personas necesita Dios para que por cuya causa El no destruya Alemania? Eso no lo sabemos, pero una cosa sabemos: que el número de aquellos que actualmente están viviendo en tal estado de arrepentimiento expiando sus pecados y demostrando amor, siempre que fuese posible, es tan mínimo y apenas merece mención. Sin embargo, el Señor está aguardando que se complete un cierto número de personas que estén dispuestos a ser convencidos de pecado y que expíen el pasado teñido de maldad.

Sí, Dios está esperando. Espera con infinita paciencia. Durante tantos años El ha esperado nuestro arrepentimiento. ¿No deberíamos ahora hacer todo lo que podemos para traer gozo al corazón del Padre con nuestro arrepentimiento? Pues hay gozo en el cielo para Aquel que es el Señor del cielo y para Sus ángeles, cuando un alma se arrepiente.

¡Cuánto más cuando nosotros los cristianos por fin lleguemos al arrepentimiento por lo que hicimos a Su pueblo!

¿Cuánto más esperará Dios? Su paciencia tiene un límite y cuando ésta se agote sobrevendrá el juicio. ¿Quién puede contar los pocos años, quien puede contar los meses, los días que aún nos son dados para que nos arrepintamos? Mientras nos dure el tiempo de gracia aún queda tiempo para el arrepentimiento y reparación por nuestros pecados. De repente vendrá la destrucción (1 Tesalonicenses 5.3) y ya será demasiado tarde para arrepentirse.

Este asunto es grave y a todos nos concierne personalmente, porque cuando muramos, estaremos delante del trono de juicio de Dios y se nos preguntará acerca de lo que hicimos con Su pueblo escogido, y entonces seremos inevitablemente entregados a El a Su veredicto. Cada uno de nosotros deberá enfrentarse a esta pregunta sobre nuestro tratamiento dado a los judíos, de lo que hemos hecho o no a éstos, nuestros hermanos.

Mientras estamos en la tierra, el juicio puede transformarse en gracia si nos arrepentimos – pero no después de la muerte. Pues entonces ese juicio nos condenará para siempre y no habrá para nosotros escapatoria y ninguna excusa po-

drá salvarnos. Por lo tanto los que deseamos encontrar la gracia ante el Señor, los que amamos a Alemania y queremos ayudar a salvarla de la destrucción, unámonos a las filas de los que están dispuestos a ser convencidos de su pecado, aquí y ahora, y a reparar el daño ocasionado. Por encima de todo, aquel que ame a Dios y no desea provocarle o herirle más, que se arrepienta hoy y confiese su culpa, para que la gracia del perdón sea derramada sobre él. Que esa persona demuestre amor y bondad a nuestros hermanos judíos, mientras todavía haya tiempo.



Haz Clic en la imagen “El camino de la Menorá”

SEGUNDA PARTE

El Momento Decisivo en el Plan de Dios para Israel: El Desafío de Dios a las Naciones



La primera fase del Plan de Dios para con Israel

Ha llegado el momento decisivo en la historia de la redención. ¿Será posible que los ojos de Israel sean más rápidos para ver esto que los ojos de los cristianos? En una asamblea de cuatrocientos Sionistas en julio de 1957, el Primer Ministro de Israel David Ben-Gurion, declaró: "Durante dos mil años hemos esperado este momento y ahora ha llegado. Cuando llega el cumplimiento de los tiempos, no hay quien pueda resistirse a Dios". Con el retorno de Israel, ocurrió uno de los más grandes milagros en la historia de la humanidad: un pueblo sin tierras, ni reyes ni príncipes, ni templo por casi dos mil años, disperso entre las naciones, perseguido sin piedad a través de los tiempos y repetidamente amenazado con políticas de exterminio, culminando en la "solución final" en un pasado muy reciente – este pueblo, disperso por todo el mundo tal como si fuesen "huesos secos", se ha vuelto a reunir como una nación de la noche a la mañana y se ha convertido en estado visible.

A pesar de que Israel acaba de recibir por parte de Alemania un golpe de muerte, este Israel

vive; ha surgido como un pueblo y se ha establecido como un estado. Ante nuestros propios ojos un real y gran milagro de Dios se está produciendo en la historia divina, todo en cumplimiento de lo que ha dicho el Señor:

¿Quién ha oído decir algo parecido? ¿Quién ha visto algo semejante? ¿Nace una nación en un sólo día? ¿Nace un pueblo en un momento? Pero cuando Sión comenzó a sentir los dolores, enseguida dió a luz a sus hijos.

Isaías 66:8

El pueblo de Israel reconoce este milagro y alaba a Dios por ello.

Cuando el 17 de febrero de 1949, Chaim Weizmann fue solemnemente instalado en su oficina como Presidente del estado de Israel, exclamó con lágrimas en sus ojos: "¡Alabemos y agradezcamos al Dios de Israel, que benignamente nos ha liberado de siglos de aflicción y de sufrimiento! El mundo se detiene a escuchar si vendrá un nuevo mensaje desde Sión". En una conferencia dada en el Congreso Sionista de 1956, David Ben-Gurion dijo, después de enfatizar que "el estado de Israel es de vital importancia para la realización de la visión Mesiánica" y que "el estado necesita abogar por el concepto de redención": "Vivimos en la edad

mesiánica. Y el retorno de los judíos a su tierra constituye el comienzo de la realización del mesianismo profético".

Sí, Israel está consciente de que llegó un momento de mayor importancia y decisivo en la historia de la redención. Siente y ve que el tiempo de la dispersión, y con ello, su tiempo de mayor juicio, está llegando a su fin y que las Escrituras están siendo cumplidas:

Aunque los desterré a naciones lejanas y los dispersé por países extraños...Yo los reuniré de entre las naciones; los juntaré de los países donde han estado dispersos, y les daré la tierra de Israel.

Ezequiel 11.16-17

Ha llegado la hora en que Dios, habiendo escondido antes Su rostro, lo vuelve nuevamente hacia Israel. La hora de gracia amanece para Su pueblo. Y es claro que esto es sólo la etapa inicial de lo que los profetas anticiparon sobre el retorno del pueblo de Israel.

Según las Escrituras, este retorno consta de dos fases. Sabemos que Ezequiel nos habla primero de los "huesos secos" que se vuelven a juntar (Ezequiel 37); en otras palabras, de un regreso físico a la tierra de Israel. Luego viene la segunda fase, donde el Espíritu de Dios ha de penetrar

esos huesos secos. El retorno físico culminará con el regreso espiritual del pueblo a su Dios. Esta será la hora en que serán aceptados. Vemos en Romanos 11.15:

Si la exclusión de Israel trajo consigo la reconciliación del mundo, su reintegración, ¿no será un retorno a la vida?

Su reintegración será de tan grande bendición para todas las naciones y para la Iglesia Cristiana que se la llega a describir, como "retorno a la vida". Pero como ya hemos dicho, el renacimiento del estado de Israel, el retorno físico de los judíos, apenas recientemente víctimas de una política de exterminio, es el primer gran milagro que prepara el camino para este "retorno a la vida".

¡Cuánto más maravilloso será cuando acontezca el segundo milagro y ellos despierten espiritualmente! Entonces atraerán a las naciones tras sí, y será el comienzo del tiempo de redención para todas las naciones del mundo:

En los últimos tiempos quedará afirmado el monte donde se halla el templo del Señor. Será el monte más alto; más alto que cualquier otro monte. Todas las naciones vendrán a él. Miqueas 4.1

Por más ferviente que sea nuestro anhelo por esta segunda fase, no debemos pasar por alto el significado de la primera, el retorno físico de Israel. Cuando Dios pronunció sobre ella las bendiciones y maldiciones de la alianza (Zac. 8.13), se dirigía a Israel como un pueblo terreno, garantizándoles una herencia en la tierra. Esto quiere decir que la primera fase en el momento principal y decisivo del Plan de Dios para Israel está conectada con su tierra. Las promesas dadas mediante los profetas señalan muy claramente que el retorno y redención del pueblo judío tendrá lugar en Eretz Israel y solamente allí.

Como parte de su alianza con Abraham, Dios le dio la Tierra Prometida como posesión para sus descendientes:

El se acuerda eternamente de su alianza, de la palabra que dio por mil generaciones, del pacto que selló con Abraham, del juramento que hizo a Isaac: él lo confirmo como norma para Jacob, como alianza eterna para Israel cuando dijo: "Yo te daré la tierra de Canaán como porción hereditaria de todos ustedes".

Salmo 105.8-11

La alianza de Dios con Abraham y Su pueblo no habla de una posesión ni herencia en los cielos; se refiere más bien a la tierra de Canaán, que el

mismo Dios concedió a Israel en la alianza que hizo con ella como un pueblo que habita en la tierra. Todas las profecías bíblicas respecto al regreso de la Israel dispersa declaran que ella será devuelta a su propia patria, la tierra de sus ancestros, la tierra de Canaán que le fue prometida a Abraham. Allí "el Señor tomará nuevamente a Judá como su posesión especial en la tierra santa, y proclamará de nuevo a Jerusalén como su ciudad elegida" (Zacarías 2.12).

En efecto, el estado de Israel en la tierra de Canaán tiene un llamado muy especial, único y de eterno significado, pues en el corazón de este llamado existe una alianza eterna. No cabe duda que el estado de Israel aún no manifiesta el Reino de Dios en la tierra, el cual constituye el cumplimiento final de este llamado. Sólo cuando Israel reconozca a Su Mesías cuando Él se revele a ella y solamente cuando Él establezca Su real gobierno, algo del Reino de Dios sobre la tierra se hará visible allí. Jerusalén, la "ciudad amada" y "el campamento de los santos" (Apocalipsis 20.9) será entonces el centro del Reino de Dios en la tierra, que precederá la venida del nuevo mundo. Al ver esto, todas las demás naciones se someterán entonces al gobierno de Dios y Le adorarán.

Así, Israel es el pueblo de la elección de Dios y

siempre constituirá el objeto de Su elección y de Su amor. Al pueblo escogido se le asigna la Tierra Prometida, donde se ha de establecer el Reino de Dios. Sean cuáles fueran las luchas y aflicciones que puedan sobrevenir, ésta quedará como posesión de Israel, puesto que los "dones y llamamientos de Dios son irrevocables". Sí, Dios confirma la promesa a Su pueblo de que, a Su retorno, poseerán la tierra para siempre: "Los plantaré en su propia tierra, y nunca más volverán a ser arrancados de la tierra que le di" (Amós 9.15).

Por eso un estado de Israel está inseparablemente ligado a la tierra de sus antepasados, Canaán. No puede estar en ningún otro lado. Esto quedó demostrado en el Sexto Congreso Sionista de 1903, cuando Theodor Herzl informó a los judíos el ofrecimiento de establecer el estado judío en Uganda, África Oriental. Todos los judíos piadosos, particularmente los provenientes de Rusia, comenzaron a llorar y a lamentarse con gran tristeza, rehusando ir allá. En su corazón se hallaba solamente Jerusalén. Tierra Santa, la Tierra Prometida que Dios les había prometido, era el objeto de su añoranza solamente allí se sentirían "de regreso en casa". Por casi dos mil años habían orado diariamente a Dios, anhelantes y con lágrimas, para que Él les

guiara nuevamente a su hogar, a Sión. Solamente ahí podrían ellos, como judíos, vivir y morir en "su" tierra. Y ahora que su regreso al hogar se ha convertido en una realidad, frecuentemente poblados en Israel llevan el nombre de Sión: "Shavei Zion", "Rishon le-Zion", "Nes Ziyyonah".

En el Israel actual existe una renovada conciencia de que esta tierra es un regalo de Dios y que está estrechamente vinculada con Sus propósitos divinos. Tan literalmente toma David Ben-Gurion la porción y límites de la tierra ofrecida por Dios en las Sagradas Escrituras que no se atrevería a introducirse en un país vecino como Egipto. "Este mandato de no regresar a Egipto nos fue dado cuando partimos de ese país hace 3300 años. Por ello es que nuestras operaciones militares (otoño 1956) fueron completamente limitadas al territorio de la Península del Sinaí" (discurso ante el Knesset, el Parlamento de Israel, el 8 de noviembre de 1956).

Cuál otra nación puede decir, en el contexto de guerras y asuntos políticos: "¡Nos fue dicho, no por hombre alguno sino por Dios, el Dios viviente!"

Revela su palabra a Jacob, sus preceptos y mandatos a Israel: a ningún otro pueblo trató así.

Salmo 147.19-20

Nuevamente esto se ha hecho visible. Y hoy realmente existe un pueblo que incluye el nombre de Dios en sus asuntos de gobierno en una dimensión tal que uno siente que "¡Este es el pueblo de Dios!" Se ha formado un estado, único en su clase, porque está basado en las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento. Como emblema tiene a la Menorah, el candelabro de siete brazos, rodeado a ambos lados por dos ramas de olivo, un símbolo tomado de las Sagradas Escrituras (Zacarías 4.2-3). El primer ministro de Israel, David Ben-Gurion, habla públicamente de los milagros de Dios que están sucediendo hoy en Israel y del comienzo de la concretización de la visión mesiánica.

Fuera de Israel, no ha habido ninguna otra nación en la tierra que en conjunto, viviera y vive bajo el gobierno de Dios y que toma las leyes y mandatos de Dios como algo ligado a su estado. Lo que distingue al pueblo de Israel es que su legislación para la familia, cultura y estado no es de origen humano sino de origen directamente divino. Como vemos en Deut. 4.8: "¿Y qué nación hay tan grande que tenga leyes y

decretos tan justos como toda esta enseñanza que yo les presento hoy?" (ver también 2 Samuel 7.23; 1 Cr. 17.21-22).

Tiene un gran significado el que Dios haya prometido a Su pueblo una tierra como posesión eterna. Solamente si Su pueblo vuelve a reunirse en su propio territorio, éste podrá existir como un estado, cuyo gobierno puede regirse por las ordenanzas de las Sagradas Escrituras. Sí, aquí hay una nación que se somete abiertamente a la Palabra de Dios. Hoy las Sagradas Escrituras es el libro de los israelíes, y para muchos es más contemporáneo y válido que el Talmud. Los textos bíblicos son citados frecuentemente en audiciones radiales, en reuniones juveniles, en el hogar y en la calle. Al tomar en serio la Palabra de Dios, Su pueblo ha comenzado a demostrar su especial relación con Dios, quien a Su vez revela nuevamente Su especial relación con ellos como "un Padre para Israel" (Jeremías 31.9). El respalda la elección de Israel en Abraham, la cual incluye la promesa de la tierra y de bienes terrenos.

La elección de Israel no es temporal sino para siempre. Esta es tan cierta como Su promesa que ni día ni noche cesarán; tan inmutable como firmemente establecidas son las leyes que regu-

lan las fases de la luna y la órbita de las estrellas. Lo ha jurado Dios solemnemente a Su pueblo (Jeremías 31.35-37; 33.25-26). Y esta elección ha perdurado por los últimos dos mil años a pesar de la caída del antiguo estado judío (70 A.D.) y aun contradiciendo al hecho de que durante estos dos milenios Israel fuera un pueblo sin territorio propio, ni gobierno, ni templo.

Es también testimonio de que esta elección sigue siendo válida, que los judíos hayan retenido la individualidad de su idioma y religión hasta este día. En el Congreso Mundial de Estudios Judaicos de septiembre de 1957, se les asignó la tarea a intelectuales judíos y no judíos, de explicar por qué las culturas de civilizaciones antiguas del Oriente, tales como Egipto y Babilonia, desaparecieron mientras que el idioma y la literatura de los judíos fueron preservados a través de cuatro mil años de tradición ininterrumpida y aún hoy viven un resurgimiento. Esto sólo pudo deberse a que su inquebrantable fundamento es las Sagradas Escrituras, es decir, Dios mismo. Sólo porque es Dios mismo el que está detrás del renacimiento del estado de Israel en este momento decisivo de la historia divina, es que pudo establecerse en la tierra de Canaán.

Un peligro que vuelve a amenazar al mundo cristiano

El conflicto relacionado con la tierra de Canaán es de enorme significado no sólo para Israel sino también para el mundo cristiano. ¿Será que ese último conseguirá ver los propósitos de Dios detrás de los acontecimientos actuales? Una vez más la cristiandad está en peligro de oponerse ciegamente a la Palabra de Dios y a Sus promesas a Israel, y finalmente a Su alianza y Plan de Salvación. Esto resultaría en la perpetuidad de la culpa de los pasados siglos de actos contra Israel y por lo tanto contra Dios mismo, y hacerla llegar a un nuevo punto culminante. Si el propio Dios ha hecho una alianza con Su pueblo para darles esta tierra como heredad para siempre, ¿cómo es que puede entonces cuestionarse entre cristianos acerca de si otro pueblo puede poseer esta tierra actualmente? El Señor dice al respecto:

*...los haré volver cada uno a su heredad y
cada cual a su tierra.* Jeremías 12.15

...ellos poseerán el doble en su tierra.

Isaías 61.7

La tierra de Canaán fue dada por Dios a Su pueblo como herencia eterna. Nadie más que Israel tiene derecho a este territorio, pues Dios ha dicho:

Israel, yo decidí aceptarte como hijo y darte una tierra envidiable, el país más bello de todo el mundo.

Jeremías 3.19

Por lo tanto, cualquiera que dispute el derecho de Israel a la tierra de Canaán se opone a Dios, a Su santa alianza con los patriarcas y a Sus solemnes declaraciones y promesas.

Podríamos recordar la Declaración de Balfour de 1917 en que se reconoció, no por la Iglesia sino por los estadistas, el derecho histórico de los judíos a Palestina, opinión reiterada en el mandato de 1922, que decía: "... se ha reconocido... la conexión histórica del pueblo judío con Palestina y las razones para reconstituir su hogar nacional en aquel país".

Aun cuando en nuestra ceguera, no reconocamos el don de la Alianza de Dios con Israel de la tierra de Canaán como una posesión eterna, ¿no debería acaso nuestro sentido ético cristiano promover en nosotros el deseo de que Israel pueda permanecer en su propia tierra?

Como en la antigüedad, Israel hoy está entre las naciones como el "gusano de Jacob" (Isaías 41.14), como pequeña nación de 2 millones de habitantes, mientras que sus vecinos suman 40 millones. Eretz Israel es otra vez el país más pequeño. Su territorio es como del tamaño del estado de Hessen en Alemania [o del país de El Salvador], mientras que las naciones que lo rodean poseen grandes extensiones de tierra.

Actualmente, como hace miles de años atrás, Israel es una pequeña nación que está bajo la constante amenaza de invasiones y guerras por parte de otras naciones más grandes. Desde tiempos antiguos, Dios se ha compadecido y amorosamente ha tomado en cuenta la suerte penosa de Su pueblo y les ha consolado, diciendo: "Yo te ayudo" (Isaías 41.14). Sin embargo, los cristianos en general, tenemos poca compasión e interés por este pueblo en su angustiada situación. Muchos de los cristianos solamente se interesan por las naciones que rodean y amenazan al diminuto Israel, que le exceden en número y son superiores a ella en poderío militar y en apoyo que reciben de otras potencias extranjeras. Solamente podemos tener esta actitud porque no tomamos en cuenta la ley de las Escrituras donde Dios toma bajo Su cuidado a los afligidos, pobres y necesitados, viniendo en

su auxilio. Él se acerca a quien Él ve, yaciendo allí en su propia sangre (Ezequiel 16.6), se compadece de aquel que está sin ayuda.

Nosotros deberíamos obrar así si somos discípulos de Jesús, porque de esto trata la parábola del Buen Samaritano. Pero no lo hacemos. Podemos tener muchas razones para nuestra actitud, argumentando quizás que otros también están necesitados. Ciertamente, aflicciones y necesidades abundan en otras naciones y hemos de recordarles con amor porque todas son criaturas de Dios. Pero si con toda sinceridad queremos seguir el mandamiento de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, nuestra primera obligación es hacia "aquel que cayó en manos de ladrones" (Lucas 10.36) o sea a aquel que está desamparado y pasando por gran necesidad.

Este es el prójimo de quien Jesús nos habla tan claramente. Para nosotros en Alemania no puede haber duda de quien se trata. Es Israel, los judíos, de los cuales unos seis millones murieron bajo nuestras manos. Si sólo tuviéramos una leve percepción de la extensión de nuestra culpa, nuestra conciencia ardería para ayudar a Israel y mostrarle bondad, recordándonos de cuán cruelmente le hemos hecho sufrir.

Pero Israel prácticamente no recibe ninguna ayuda de las iglesias y organizaciones cristianas, aunque sus vecinos sí la tienen. El Dr. E. Rees, consultor en asuntos de refugiados del Consejo Mundial de Iglesias, explica que los refugiados árabes son el único caso, a su entender, donde las donaciones voluntarias de las organizaciones, particularmente de las cristianas, constituyen más de un tercio de las donaciones hechas por las Naciones Unidas. En otras palabras, las donaciones del mundo cristiano que llegan a millones han ido hacia el mundo árabe, aunque, para citar al Dr. Rees: "...cinco años atrás, la Asamblea General de las Naciones Unidas asignó la cantidad de 200 millones de dólares para construir viviendas y crear trabajos para los refugiados árabes. Y aunque existen en el mundo actualmente entre 30 y 40 millones de refugiados, sólo los 900 mil refugiados árabes son atendidos y mantenidos por auxilio internacional". De acuerdo con sus comentarios habría suficiente espacio para el asentamiento de estos refugiados bastante suelo en Irak y Siria, dinero (pozos de petróleo) y un aumento en las oportunidades de trabajo.

En los estados vecinos de Israel, que le son hostiles, existen hombres que ocupan puestos de influencia y que en días pasados estuvieron

activamente involucrados en el Movimiento Nacional Socialista de Alemania (partido nazi). Ellos ayudaron a exterminar a los judíos en medio nuestro y con idéntico odio buscan destruir a la pequeña nación que se encuentra construyendo su existencia en Canaán. Otra vez es como si leyéramos y escucháramos las palabras de Hitler: "Israel debe ser aniquilada". Y aun así con una compasión interpretada equivocadamente favorecemos a los enemigos del Pueblo de Dios, y mucho de nuestro dinero va hacia ellos. Especialmente el mundo cristiano y publicaciones supuestamente cristianas se expresan con simpatía repetidamente por el infortunio de los refugiados árabes, mientras que ninguna mención se hace de la gran aflicción de nuestro hermano mayor, Israel. ¿Por qué no nos conmueve el sufrimiento de Israel? Es incomprendible. ¿No debería Israel ser más cercano a nosotros, sabiendo que Jesús vino de este pueblo y que por medio de los judíos hemos recibido la ley y los profetas? Aun así, el tormento de este pueblo que ha sufrido tan terriblemente bajo nuestras manos y contra quien hemos pecado de una manera atroz y quien actualmente tiene que luchar para sobrevivir y construir su nación cercado de enemigos por todos lados, parece no conmovernos.

Ahora es el momento de despertar, pues la hora ya se está acercando. Si nos hemos estado oponiendo al pueblo de Dios todo este tiempo y perdonando a aquellos ataques que se les hiciera por parte de poderes hostiles a Dios; ¡pobre de nosotros cuando junto a todo el mundo quedemos en rebelión contra Dios! Porque sin quererlo nos veremos del lado del reinado del Anticristo, cuyo blanco principal serán los judíos (Daniel 8).

Siempre se ha dicho que los judíos son las manecillas del reloj que marcan las horas de la historia del mundo. Más aún nuestra relación con ellos nos señala la verdadera relación que tenemos con el Señor Jesús, mostrándonos si ésta es verdaderamente una relación de amor. Si amamos a Jesús, amaremos también al pueblo que El ama y a que El siempre amará y que aún llegará a ser el centro y bendición de todas las naciones. La Palabra de Dios permanece para siempre. Aquello que ella declara, no dejará de suceder: "Benditos los que te bendijeren, y malditos los que te maldijeren" (Números 24.9), como experimentaremos en forma especial al final de los tiempos. En el doloroso conflicto respecto a Tierra Santa, apoyemos al pueblo de Dios. Son Sus elegidos a quienes Él ha dado la tierra de Canaán como posesión eterna.

Meras excusas

¿Quién dentro del cristianismo reconocerá esa hora decisiva de la historia divina y quién la pasará por alto? Han pasado como 2000 mil años desde que el cristianismo en su totalidad, ha estado pasando por alto a Israel, el pueblo de Dios, en su tremenda necesidad. Al hacer esto, se ha pasado por alto al mismo Jesús, cuya imagen está reflejada en los judíos. ¿Haremos lo mismo hoy en día? ¿Qué nos impide reconocer este punto vital de la historia? La razón es que se ha difundido una forma de pensar errónea, que señala que Israel está descartado y que los judíos por lo tanto no pueden ser reestablecidos en la gracia ni esperar un día de salvación o resurrección. Pero la palabra de Dios dice diferente:

...ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles. Y así todo Israel será salvo.

Romanos 11.25

Esto no puede ser de otra manera por cuanto Dios hizo con este pueblo una alianza eterna. Mientras la tierra permanezca, ésta no podrá ser disuelta.

...mi amor no se apartará de ti, mi alianza de paz no vacilará, dice el Señor, que se compadeció de ti.

Isaías 54.10

En esta alianza el Señor ha tomado a Israel como a Su esposa y la ha unido a Sí diciendo:

Tu esposo es aquel que te hizo.

Isaías 54.5; ver Ezequiel 16.60

Aunque Israel una y otra vez haya roto su alianza matrimonial, jamás fue rota de parte de Dios, e Israel permanece siendo la amada esposa de Dios.

...como una esposa abandonada y afligida te ha llamado el Señor: "¿Acaso se puede despreciar a la esposa de la juventud?"

Isaías 54.6

Hasta hoy se mantienen para Israel todas las expresiones del amor divino. Ninguna de ellas ha sido cancelada. Israel es y siempre será la niña de los ojos de Dios (Zacarías 2.8). Sigue siendo Su gozo y deleite, Su diadema real (Isaías 62.3), Su primogénito, Su elegida, Su bienamada (Jeremías 2.2; Oseas 11.1). Verdaderamente, El dice de Su pueblo: "brillarán los suyos en su propio país como las piedras preciosas de una corona" (Zacarías 9.16).

Israel es y será siempre el hijo primogénito de Dios. Aunque los judíos hayan estado dos mil años bajo la mano firme de Dios, no fueron menos preciosos para el Padre en este tiempo de juicio. Y aun cuando en las pruebas de la dispersión parecía que los judíos ya no eran amados por Dios, en verdad tales tiempos dieron por el contrario prueba de que, sí, eran muy amados como elegidos de Dios. Los corrigió sólo porque los amaba mucho.

Un padre se ve obligado a disciplinar a su hijo, porque todo ser humano es nacido en pecado. Pareciera que una sombra entonces se levantara entre padre e hijo. Aun cuando en la expresión del padre hay firmeza y pareciese que se alejara de su hijo, el corazón del padre está lleno de amor. En todo ese tiempo el padre aguarda el momento cuando, habiendo conseguido su objetivo, puede nuevamente demostrarle todo su afecto y la sombra sea removida. Cada niño que tiene que ser disciplinado por su padre, es especialmente querido por el corazón de su padre, quien se preocupa de que no sufra por ninguna otra mano que no ha sido autorizada.

Del mismo modo, el Señor ha observado cuidadosamente si Su pueblo afligido ha sido tratado amablemente por nosotros o no. Leemos en las

Sagradas Escrituras:

Cuando estuve enojado con mi pueblo, entregué mi propia nación a la deshonra y los dejé caer en tu poder. Tú no tuviste compasión de ellos, y pusiste sobre los ancianos tu pesado yugo.

Isaías 47.6

Y en otra parte El dice:

Por eso mi furor se ha encendido contra esas naciones despreocupadas que, cuando yo estaba poco enojado, ayudaron a agravar la maldad.

Zacarías 1.15

Aun cuando naciones paganas han golpeado fuertemente a Israel, ¿cómo se puede explicar semejante trato de naciones cristianas? La respuesta es que muchos cristianos no reconocen los eternos propósitos de Dios respecto a Israel. Su argumento es que los judíos crucificaron a Jesús (aunque como lo mencionamos anteriormente, también los gentiles tuvieron participación en este hecho) y que ahora corresponde a los cristianos castigar a los judíos porque éstos rechazaron a Dios.

Mas en Su palabra, Dios dice claramente que Él no ha rechazado a Su pueblo:

Si un día se llegara a medir el cielo y a explorar la tierra hasta sus cimientos, ese día yo rechazaría a Israel por todo lo que ha hecho. Jeremías 31.37; ver 33.25-26 y Oseas 11.8-9

En Romanos 11 vemos que el Señor llegado Su determinado tiempo ha de restaurar a Israel de vuelta a su propio olivar. También se hace evidente en Jeremías 30.11 que el Señor no rechaza a Su pueblo en la prueba, sino que lo está purificando:

...aniquilaré a todas las naciones...pero a ti no te aniquilaré: te corregiré con equidad, pero no te dejaré impune.

Decir que: "Dios obviamente quiso el exterminio de los judíos cuando le dio a Hitler libertad para destruirlos en tal medida" significa luchar en contra de la Palabra de Dios.

Si sólo tuviésemos ojos para ver, entenderíamos que este gran golpe en contra de ellos sólo expresa el inmenso amor que Dios les tiene. Aunque el costo en lágrimas e indescriptible sufrimiento ha sido terrible, fue esto lo que evitó a Su pueblo escogido que se asimilaran totalmente a las así llamadas naciones cristianas, devolviéndoles a la tierra de sus ancestros. De lo

contrario, los judíos nunca hubieran vuelto a casa en tal cantidad. Se hubiesen establecido permanentemente en las naciones que los hubiesen acogidos. El trabajo pionero para realizar en la tierra de sus ancestros les hubiera parecido demasiado duro. Fueron las crueles pruebas de los peores años de persecución las que hicieron que volviesen.

Hace muchos años, el Señor usó el pecado y la culpa del Faraón para sacar a Su pueblo de Egipto y llevarlos a Canaán. Hoy hubo otro Faraón que los afligió de modo mucho más terrible hasta que partieron hacia la tierra de Canaán, que el Señor les asignó. Ahí es donde quiere a Su pueblo y en ninguna otra parte. El tiempo de la dispersión siempre debía ser sólo un período temporal de juicio. Dios no ha descartado a Su pueblo para siempre: sólo los ha disciplinado y les ha visitado con los más grandes sufrimientos. Los ha llevado de vuelta a su tierra y también está llevándolos a volver a Su corazón.

"Los dones y el llamado de Dios son irrevocables." Sus dones para Su pueblo son, en primer lugar, Su tierra, la tierra de Canaán y, en segundo lugar, su continua posteridad. Esta es la razón porqué Israel no ha podido ser extermi-

nada y porque un resto ha tenido que quedar, según siempre fue predicho por los profetas. El pueblo judío no puede perecer, aunque la mayoría de las naciones de la antigüedad hayan perecido, pues el Señor va a cumplir todas Sus promesas. Esto es lo que estamos viendo como singular faceta de la historia divina. Ante nuestros ojos ha comenzado a tomar lugar la restauración de Israel con la misma precisión con la que Dios cumplió Sus muchos juicios.

Literalmente el pueblo de Dios fue dispersado por todas las naciones (Deuteronomio 4.27), y literalmente quedaron sin rey ni príncipes, sin sacrificios, sin efod (Oseas 3.4). Las naciones, de hecho, la han considerado una palabra de "maldición" (Zacarías 8.13). Pero tal como las maldiciones una a una fueron cumplidas, también se cumplirán las promesas de bendiciones, porque todo lo que Dios dice en Su Palabra sucederá literalmente y con exactitud.

Si nosotros los cristianos hemos pensado en el pasado y todavía consideramos para el presente, que todas las maldiciones y juicios del Antiguo Testamento pronunciados contra el pueblo de Dios, son únicamente para Israel, entonces también debemos ver las promesas de gracia para Israel así. Debemos tomarlas literalmente, cre-

yendo que estas promesas se van a cumplir verdaderamente para Israel como pueblo terrenal, en vez de darles sólo una interpretación espiritual y apropiárselas para nosotros como cristianos. Sería ilógico tomar todos los juicios para Israel, y todas las promesas de bendición para nosotros. Así, tales promesas de bendición y renovada fecundidad para la tierra de Israel no pueden interpretarse para el pueblo de la Nueva Alianza sino como la realidad tangible de un pueblo terreno visible, el pueblo de Israel. Si de repente los cristianos decimos que las promesas de bendición en las Escrituras, pero no los juicios, ojo a esto por favor, son para interpretar sólo espiritualmente, así reclamándolas para nosotros, semejante interpretación de la Escritura es deshonesto e inaceptable. Proviene de un único origen: el orgullo.

Pero Dios rechaza al orgulloso y sólo al humilde concede Su gracia, la gracia de los ojos que ven, que reconocen que Dios no solamente se acerca a nosotros sino también a otros y, en este caso, a Israel. Esta actitud de humildad ante los designios de Dios para Israel no excluye el hecho de que como cristianos también podamos tomar las promesas del Antiguo Testamento para nuestras vidas personales. No obstante, Israel es el actual receptor de las promesas, en quien ellas

serán cumplidas en su sentido original y concreto, y esta verdad debe permanecer indiscutible.

En toda época pareciera que los más piadosos y devotos, aquellos que se creen más cerca de Dios y que aseguran tener más visión, son a menudo los más ciegos y menos capaces de discernir los caminos de Dios y Su trato con los hombres. Así, en nuestra piedad, los que vivimos de acuerdo a las Escrituras dando referencias de ellas, por lo general fallamos en entender el verdadero significado de este momento en la historia de la redención, donde se ha dado comienzo a una nueva etapa en el trato de Dios para con Su pueblo elegido.

Y sin embargo, como señal de que ha llegado este momento decisivo para Israel, Dios está realizando milagro tras milagro, como por ejemplo en la derrota que sufrieron los ejércitos bien equipados de siete estados árabes frente al pequeño ejército israelí. En el noveno aniversario de la fundación del Estado de Israel, dijo el presidente Ben-Zvi: "Nuevamente hemos experimentado un milagro de Janucá, igual al que celebramos cada año: 'Tú entregaste los poderosos a los débiles; los muchos, a los pocos'.

Las carrozas y los jinetes del Faraón fueron vencidos y esparcidos a los cuatro vientos, derrotados por las Fuerzas de Defensa de Israel."

Sí, nuevamente Dios está haciendo milagros, tal como lo ha prometido:

Yo les mostraré maravillas como en el día en que saliste de la tierra de Egipto. Las naciones lo verán, y quedarán confundidas a causa de todo el poder de ellos. Miqueas 7.15

A menudo pasamos por alto los milagros de Dios, tal como el Faraón, que repetidamente los ignoraba, aunque sucedieran delante de sus propios ojos. Dice David Ben-Gurion: "Quien no cree en milagros no es realista". Pero nosotros los cristianos europeos, hemos sido tan enceguecidos por nuestro intelecto, el cual no ha sido sujeto a la obediencia de Cristo, dejando así que las meras objeciones intelectuales nos incapacitan para creer.

¿Hemos creído alguna vez en un milagro? ¿Dónde y en qué momento reconocimos la mano de Dios actuando en los acontecimientos mundiales y en nuestras propias vidas?. Generalmente nos inclinamos a dar una explicación natural a todo cuanto ocurre. Una vez más

necesitamos aprender de nuestro hermano mayor Israel de que tenemos un Dios que realiza milagros. Las señales y maravillas siempre se asociaron con Israel, el pueblo escogido de Dios, y esto está vigente en los días de hoy, mientras que en el resto de las naciones los milagros que ocurren son pocos.

Durante los siglos de la dispersión Dios retiró Su brazo. Pero ahora desde que los judíos han vuelto a su tierra y son nuevamente una nación, Dios muestra nuevamente al mundo que El pertenece a este pueblo y demuestra con señales y prodigios que está guiándolos. Incluso los milagros suceden en la propia naturaleza. Desde comienzos del siglo (por primera vez en 1902) las primeras y últimas lluvias, que habían cesado en los primeros siglos después de Cristo, en cumplimiento de la palabra de juicio en Jeremías 3.3, han recommenzado. Con esto, la promesa de bendición en Joel 2.23 se cumple.

A través de todos estos acontecimientos, Dios quiere abrir los ojos de nosotros los cristianos, a fin de que no solamente Israel, sino también nosotros podamos reconocer esta hora crucial en la historia de la redención, claramente referida en Romanos 11.

Si estamos estrechamente conectados con Jesús, reconoceremos esa hora, habiendo esperado por ella, juntamente con El. Si solamente pudiéramos imaginar como el corazón paternal de Dios ha esperado con amor y angustia en estos 2.000 años, hasta que El, una vez más, pudiera dejar brillar Su rostro sobre Su pueblo; hasta que El pudiera hacer cesar Su más severa disciplina, la dispersión por las naciones; hasta que El pudiera consolarles, guiándoles de vuelta a casa, hacia la tierra de sus padres. ¡Cuánto debe haber añorado la época en que los desterrados llegaran a ser nuevamente un pueblo con su propio estado! No serán más extranjeros odiados y despreciados, sino allí podrán vivir orgullosos y felices como ciudadanos libres. ¡Qué gozo para nuestro Padre celestial que ahora, por fin, Su pueblo pueda desarrollar en plenitud los múltiples dones y habilidades que Dios le ha dado, en su propia tierra, en propio suelo!, una oportunidad que les fue negada durante siglos.

El llamado de Dios para compartir las tristezas y alegrías de Israel

El corazón de Dios está lleno de alegría. ¿Acaso no podemos alegrarnos con El? ¿Debemos mirar a Israel, el amor especial de Dios, tal como El la ve ahora? Poco a poco, Su juicio se va transformando en gracia. La dispersión se está cambiando en un retorno gradual de los judíos a su hogar. La ansiada espera de dos mil años y el dolor de estar tan lejos de Jerusalén para muchos llegó a su fin. La tierra de sus antepasados se ha abierto de nuevo para Israel; ella se ha reintegrado a la Tierra Prometida. ¿No debería este gran momento causar un gran movimiento dentro de la cristiandad, tal como debe ser en el cielo donde el regreso de Israel es tan ansiosamente observado? Los profetas deben estar regocijándose por este momento que han esperado por miles de años; el momento cuando sus profecías acerca de la restauración de Israel se están cumpliendo. Ciertamente, ningún cristiano puede permanecer indiferente ante este acontecimiento.

¿No nos sentimos llenos de alegría al saber que la restauración de Israel ha comenzado y que

ella ha vuelto a su propio país? ¿No se conmueven nuestros corazones al ver que esta tierra árida se está transformando en huertos, y las ciudades en ruinas están siendo reconstruidas, tal como lo prometiera Dios hace miles de años como señal de especial gracia y gloria? Verdaderamente, por dos mil años esta tierra fue literalmente un desierto sin agua, sin árboles ni jardines ni cultivos. Por donde se mirara, nada había sino piedras, y unos pocos pueblos esparcidos. Pero hoy, ante nuestros propios ojos, la profecía se volvió una realidad:

Yo soy el Señor ... hago que se cumplan las palabras de mis siervos y que salgan bien los planes de mis enviados. Yo declaro que Jerusalén volverá a ser habitada y que las ciudades de Judá serán reconstruidas. Yo haré que se levanten de sus ruinas. Isaías 44.24,26

Pocos años después de la fundación del Estado se formaron cientos de nuevos asentamientos, muchos de los cuales llevan nombres tomados de las Sagradas Escrituras.

Así es que hoy podemos viajar a través del Desierto de Negev hasta el Mar Muerto por una carretera bien construida, tal como lo expresó el Señor:

Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad.

Isaías 43.19

De hecho, se han colocado cañerías a través del desierto. Ante nuestros ojos están creciendo árboles verdes en el mismo desierto, en cumplimiento de las Escrituras:

En el desierto plantaré cedros, acacias, arrayanes y olivos; en la tierra seca haré crecer pinos juntamente con abetos y cipreses.

Isaías 41.19

¿Por qué hace esto el Señor? Y agrega como respuesta:

... para que ellos vean y reconozcan, para que reflexionen y comprendan de una vez que la mano del Señor ha hecho esto, que el Santo de Israel lo ha creado.

Isaías 41.20

¿Acaso tomamos en serio y vemos en todo esto la mano de Dios, o intentamos dar una explicación natural a todo lo que está pasando en Israel? Repetidamente Dios da profecías, acerca de sucesos futuros, para que cuando se hagan realidad el hombre reconozca que el cumplimiento viene de El, y que fue El quien las predijo. Considerando todo lo que está pasando en Israel, solamente podemos adorar a Dios

quien en Su amor está para llevar a cabo todos Sus eternos propósitos, como podemos ver con nuestros propios ojos. Sí:

... en el desierto me mostré bondadoso con el pueblo que escapó de la muerte. Cuando Israel buscaba un lugar de descanso...Te reconstruiré, Israel. De nuevo vendrás con pandeteras a bailar alegremente. Jeremías 31.2,4

Y actualmente, los jóvenes israelíes bailan en la época de las cosechas y en días festivos, no bailes modernos sino folklóricos, muchos de ellos basados en textos bíblicos.

Es una experiencia conmovedora el ver a este pueblo de vuelta en su país, trabajando en sus huertos, tal como dijo el Señor:

Aún plantarás viñas en los montes de Samaria; plantarán los que plantan, y disfrutarán de ellas. Jeremías 31.5

Sin duda la Palabra de Dios es Sí y Amén, y ha llegado el momento altamente significativo en la historia divina cuando las promesas de hace miles de años atrás comienzan a cumplirse. Viendo que todas estas cosas están sucediendo, ¿no nos sentimos llenos de alabanza y admiración?

Alégrense con Jerusalén, llénense de gozo con ella todos los que la aman; únense a su alegría todos los que han llorado por ella.

Isaías 66.10

¡Qué privilegio es amar a Israel, expresar ese amor en acción y ofrecerle regalos que nos han costado sacrificio! ¡De todo corazón aprovechemos este privilegio como colaboradores con Dios, sirviéndole a El al ayudar al pueblo de Israel a desarrollar su país y convertir el desierto en un jardín del Edén para que rápidamente puedan disfrutar de sus frutos y, más aún, ser ellos mismos transformados y llenados de la gloria de Dios!.

¡Pero, lastimosamente podemos perder estas tremendas oportunidades si quedamos al margen de esta poderosa obra de Dios, si no nos comprometemos ni permitimos que El encienda dentro de nosotros un amor por Israel! Cuando el Señor vuelva a establecer Su reino, podríamos quedar excluidos. Y así como Israel comienza a desarrollar su tierra y vida nacional, mientras está luchando por su propia existencia.

Compartamos sus cargas e inquietudes, puesto que este es el mandato del Señor para nosotros en vista del regreso de Su pueblo:

Salgan, salgan por las puertas, preparen el camino para mi pueblo. Construyan con cuidado la calzada y límpiénela de piedras.

Isaías 62.10

¡Sí, es la hora del regreso, de la gran vuelta al hogar! El Señor nos invita a regocijarnos porque El se ha acercado nuevamente a Israel.

El Señor dice: "Canten de gozo y alegría por el pueblo de Jacob, la principal entre todas las naciones. Hagan oír sus alabanzas y digan: 'El Señor salvó a su pueblo, lo que quedaba de Israel.' Voy a hacerlos volver del país del norte, y a reunirlos del último rincón del mundo...; volverá un enorme multitud!"

Jeremías 31.7,8

También, el Señor nos desafía:

Naciones, escuchen la palabra del Señor y anuncien en las costas lejanas: "El Señor dispersó a Israel, pero lo reunirá y lo cuidará como cuida el pastor a sus ovejas." Jer. 31.10

Este mensaje verdaderamente merece ser proclamado universalmente, porque resalta la gloria de Dios quien tan maravillosamente cumple con Sus antiguas promesas. Lo que leemos en Isaías 43.5-6 ahora está cumpliéndose:

No temas, porque yo estoy contigo: traeré a tu descendencia desde Oriente y te reuniré desde Occidente. Yo diré al Norte: "¡Dámelo!" y al Sur: "¡No lo retengas, trae a mis hijos desde lejos, y a mis hijas desde el extremo de la tierra!".

El tiempo ha llegado en que:

ya no se dirá: "Por la vida del Señor, que hizo salir a los israelitas de la tierra de Egipto" , sino: "Por la vida del Señor, que hizo salir a los israelitas de la tierra del norte, y de todos los países adonde los había expulsado." Yo los haré volver a su tierra, la que antes di a sus antepasados.

Jeremías 16.14-15

Ningún otro retorno de cautiverios anteriores en la historia de este pueblo puede ser comparado con éste que ha comenzado ahora. El retorno del cautiverio de Babilonia (538 A.C.) fue sólo la etapa inicial y parcial del cumplimiento de las profecías. Cerca de cincuenta mil de la tribu de Judá y Benjamín volvieron de Babilonia, y solamente de este único país (Esdras 2). Sin embargo, la Palabra profética habla del regreso de los judíos de todas las doce tribus (Jeremías 3.18; 30.3; 31.1; 33.7; 50.4; Ezequiel 37.15ss; Oseas 1.11; Zacarías 10.6). Volverán de todas las

naciones y países (Zacarías 8.7; Isaías 11.10-12; Jeremías 16.14-15; 31.2; 31.8; Ezequiel 11.16-17; 36.24).

Los judíos que volvieron de Babilonia y sus descendientes quedaron en tierra de Canaán por un tiempo relativamente corto, pero el retorno desde todos los países y pueblos anunciado por los profetas se declara como un regreso permanente. Amós escribió sobre ello (cap.9.15) y también está escrito en Jeremías:

Pondré mis ojos sobre ellos para bien, y los volveré a esta tierra, y los edificaré, y no los destruiré; los plantaré y no los arrancaré.

Jeremías 24.6

Más aún, el profeta Zacarías profetiza alrededor de 518 A.C., es decir, después del retorno de Babilonia, sobre un futuro retorno de los judíos desde las naciones a la tierra de sus padres (Zacarías 8.7-8). Y el profeta Isaías dice:

En ese tiempo mostrará otra vez el Señor su poder reconquistando el resto de su pueblo, haciéndolo volver de Asiria y de Egipto, de Patros, de Etiopía, de Elam, de Sinar, de Hamat y de los países del mar.

Isaías 11.11

Esta hora ya llegó. ¿No deberíamos entonces cantar a toda voz y con mucha alegría y hacer esto conocido hasta los confines de la tierra. Es nuestra tarea de hoy si estamos preocupados de que se honre el nombre de Dios.

Ha llegado un momento altamente significativo en la historia divina. Nuevamente Dios ha iniciado una época de milagros y poderosos hechos entre Su pueblo Israel. Pobre de aquel que, en vez de regocijarse con la bondad de Dios, ahora cause a la niña de Sus ojos algún dolor. Israel es santa para el Señor.

Ha llegado el tiempo del que se ha dicho: "*Consuelen, consuelen a mi pueblo*". Si se pronunciaron desgracias contra aquellos que fueron instrumentos de juicio sobre Israel en el pasado, particularmente contra aquellos que lo ejecutaron con tanta crueldad, ¿no merecerán también el juicio divino quienes se opongan a Israel en la actualidad, cuando Dios está de nuevo mirando favorablemente a Su pueblo, haciéndoles regresar y levantándoles en su propia tierra?.

Entonces se cumplirá la escritura:

El que te ataque, caerá a causa de ti. Is. 54.15

En cambio, son bendecidos todos cuantos desean hacer el bien a Israel actualmente, y así lo dicen las Escrituras, "*sean prosperados los que te aman*" (Salmo 122.6).

Bendito aquel que respeta a este pueblo como la posesión especial de Dios, del Dios viviente y eterno, del Altísimo, y reconoce que Israel es Su primogénito, Su hijo amado, la niña de Sus ojos. Bendito aquel que trata a este pueblo con reverencia porque son pueblo escogido de Dios; bendito el que tema hacerles daño o herirles de algún modo.

Bendita la nación o la persona que haga un bien a Israel. Estos actos regocijan el corazón de Dios que desborda de amor por Su pueblo.

Segunda Etapa del Plan de Dios para con Israel

Si la hora del retorno de Israel marca el amanecer de su restauración, la recuperación de su nacionalidad es una señal de que la segunda promesa también será cumplida pronto. Cuando los huesos secos se hayan juntado, la vida y el espíritu entrarán en ellos. El profeta Ezequiel no sólo profetiza que Dios abrirá las tumbas para hacer que Su pueblo salga de ellas, o sea de los países donde están dispersos para traerlos de vuelta a casa, a la tierra de Israel (Ezequiel 37.12). No, El profetiza aún más.

Aquí llegamos a la segunda etapa a la que ahora Israel se está acercando. Pues, así como la primera profecía de Ezequiel se está cumpliendo, también se cumplirá la segunda:

*Convoca proféticamente al Espíritu:
Así habla el Señor: Ven, Espíritu, ven de los
cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos
para que revivan.* Ezequiel 37.9

Yo pondré mi espíritu en ustedes, y vivirán.
Ezequiel 37.14

Cuando Ezequiel, después de su primera profecía, escuchó un gran ruido al juntarse los huesos secos, vio que había tendones y carne sobre ellos, cubiertos de piel, pero no había espíritu de vida en ellos. Entonces se le permitió a Ezequiel dar otra profecía, un mensaje al Espíritu de Vida: "Espíritu, ven...y sopla sobre estos muertos, para que revivan". Y así, se llenaron de vida.

A Israel le esperan cosas grandes y maravillosas. Dios no sólo está satisfecho con traer a Su pueblo de regreso de los confines del mundo para establecerlos en su tierra, reagrupando así los huesos secos. No, Dios es el Dios de los vivientes, y El, el Dios vivo, desea también que Su pueblo sea lleno de la vida divina. El quiere que el Espíritu entre en ellos el Espíritu que despierta al arrepentimiento, el Espíritu que inflama el amor por Dios en los corazones de las personas y las vuelve a unir con el Dios vivo. ¿No podemos asumir que esta profecía está relacionada con la venida del Mesías? El Mesías podrá revelarse a Su pueblo cuando ellos se llenen de anhelo por El. Dios se revela a aquellos que Le esperan. El se acerca a los humildes y penitentes y los visita. Como está escrito en Isaías 57.15: Dios, el Alto y Sublime, habita con los contritos y humildes de corazón. Y el profeta

Malaquías dice que antes del gran y terrible día del Señor vendrá otro Elías, predicador del arrepentimiento.

Cuando el Espíritu de Dios descienda sobre Israel, sin duda que vendrá acompañado de un nuevo derramamiento de arrepentimiento. Lee-mos en las Sagradas Escrituras, "Purifíquense, porque mañana verán al Señor hacer milagros" (Josué 3.5). Siempre que el Señor se aproximó a Su pueblo, ya sea en el Sinaí o para hacer un milagro, les ordenó que antes se purificaran, rompieran con el pecado y se arrepintiesen.

Esta vez la llegada del Espíritu será tan poderosa que soplará como un verdadero ventarrón sobre Israel, haciendo que sus corazones se estremezcan ante la santidad de Dios, al reconocer la profundidad del pecado humano. Entonces verán al Rey en Su hermosura, y, como lo anticipara el profeta Jeremías, Dios pondrá Su ley dentro de ellos, escribiéndola en sus corazones, de modo que:

... ya no tendrán que enseñarse mutuamente, diciéndose el uno al otro: "Conozcan al Señor". Porque todos me conocerán, del más pequeño al más grande...Porque yo habré perdonado su iniquidad y no me acordaré más de su pecado.

Jeremías 31.34

Cuando comience el arrepentimiento y Dios pueda perdonar los pecados de quienes se Le acercan llenos de contrición, El se revelará. Entonces será visto el Mesías y amanecerá el día de la salvación.

Para el pueblo de Israel esto significa ahora, vivir con la expectativa de ese día y rogar que Dios les trate según la profecía de Ezequiel. Esto implica que ellos deben entregarse completamente a Dios y darle la respuesta correcta a todos Sus caminos de disciplina y juicio, a todos los sufrimientos y aflicciones que el pueblo que regresa aún tiene que soportar, especialmente cuando venga el Anticristo. Y esta es la respuesta que da Job: "Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42.6). Entonces el juicio se transformará en gracia, que será derramada abundantemente sobre el pueblo de Dios.

Comparada con la segunda etapa, la primera etapa —el retorno físico de Israel— parecerá insignificante. La segunda será tan tremenda que será semejante a una resurrección de los muertos. Israel se llenará del soplo de vida divina que viene de Aquel que la creó, a Quien ella pertenece, a Quien está unida para siempre, y con esto será restaurada a su destino eterno. Verdaderamente, ¿qué somos los hombres sin

ese sopro de vida divina dentro nuestro? Entonces la Israel redimida brillará con una hermosura perfecta, quedando de manifiesto que Israel lleva en sí misma la gloria de Dios.

Porque esta hora se ha acercado, nosotros los cristianos deberíamos cantar a Israel en nuestros corazones y con nuestras bocas, el canto de su gloria, el canto de su elección, consagración y llamado. Porque es cierto que Israel tiene un llamado de Dios; será llena de gloria; brillará con la hermosura de Dios; será el centro de todas las naciones y bendición para todos los pueblos. Verdaderamente,

... de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor.

Isaías 2.3

A esta Sión-Jerusalén se le prometió que en los últimos días, los pueblos y naciones afluirán hacia ella, diciendo,

¡Vengan, subamos a la Montaña del Señor y a la casa del Dios de Jacob! Él nos instruirá en sus caminos y caminaremos por sus sendas.

Miqueas 4.2

Así es que Israel será una bendición para las naciones:

Y vendrán a Jerusalén muchos pueblos y naciones numerosas a buscar al Señor Todopoderoso y pedirle que los bendiga... En aquel tiempo, diez extranjeros de las demás agarrarán por la ropa a un judío, y le dirán: "¡Queremos ir con ustedes, porque hemos oído que Dios está con ustedes!"

Zacarías 8.22-23



TERCERA PARTE

Los Caminos Amorosos de Dios para con Israel



Dios prepara a Su pueblo

Si una persona quiere conocer el corazón de Dios, que procure conocer a Su pueblo Israel y considere los caminos por los cuales los ha guiado. De la manera en que un padre terrenal actúa con su hijo, podemos percibir la profundidad de su relación con su hijo. Lo mismo acontece en la forma cómo Dios actúa con Israel, Su hijo primogénito. Así, en los caminos de Dios con Israel, podemos aprender cuál es Su posición para con los hombres en general, y cuáles son los propósitos de Su corazón cuando Él nos conduce por un camino u otro, a lo largo de los caminos de juicio o de gracia. De ambas cosas leemos en la historia de Israel.

Sin duda, Israel como el bienamado hijo de Dios, está delante de nosotros como un espejo que refleja el corazón de Dios y nos muestra quién es El. Vemos que es el Padre de amor, pues solamente un corazón lleno de amor puede derramar gracia abundante sobre un pueblo y preparar tal gloria para ellos, como sabemos que El preparó para Israel. Solamente un corazón lleno de amor puede lamentar dolorosamente cuando su amor no es correspondido o cuando el bienamado sigue por caminos pecaminosos que le llevarán a la ruina. Aun cuando un padre

humano ame profundamente a su hijo, él nunca sentirá tanta tristeza por causa de este hijo, así como Dios se entristece por Su pueblo, como está expresado en las palabras de las Sagradas Escrituras. Esto no debe ser interpretado simplemente como una prueba de que Israel hubiera pecado bastante y que fuera un pueblo perverso. Es verdad que Israel pecó mucho y practicó la maldad, pero el hecho de que Dios se entristece y lamenta tan profundamente, habla, sobre todo, de cuán lleno de amor está Su corazón.

En Su amor, Dios unió Su corazón a esta pequeña nación, conforme como está escrito:

Porque la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá son su plantación predilecta.

Isaías 5.7

En otra parte, Dios dice que Israel es precioso y valioso para El. Porque El le ama, declara que dará naciones en rescate por ella y pueblos a cambio de su vida (Isaías 43:3-5). Por el mismo motivo que Dios ama tanto a Su pueblo, El se entristece profundamente cuando ve que Israel no se le parece, y no es una nación santa para El, mas, al contrario, anda por caminos malos:

Te planté de vid escogida, simiente verdadera; ¿cómo, pues, te me has vuelto sarmiento de vid extraña?.

Jeremías 2.21

Es muy conmovedor oír los lamentos que surgen del corazón paternal de Dios cuando se apena por Su pueblo:

Israel,...Yo pensé que me llamarías padre y que nunca te alejarías de mí. Pero como una mujer que es infiel a su esposo, así ustedes me fueron infieles.

Jeremías 3.19,20

¿Olvida una joven sus atavíos, una novia sus ceñidores? ¡Pero mi pueblo se ha olvidado de mí hace ya un sinnúmero de días!.

Jeremías 2.32

¿Has visto lo que hizo la rebelde Israel? Fue y se dedicó a la prostitución sobre toda loma alta y bajo todo árbol frondoso. Yo pensé que, aun después de todo lo que ella había hecho, volvería a mí; pero no volvió.

Jeremías 3.6,7

¡Vuelve, apóstata Israel,...y no te mostraré un rostro severo, porque yo soy misericordioso...y no guardo rencor para siempre. Pero reconoce tu culpa, porque te has rebelado contra el Señor, tu Dios, y has prodigado tus favores a los extranjeros.

Jeremías 3.12,13

Leemos también:

¿Cambia de dioses una nación? –¡y sin embargo, esos no son dioses!– Pero mi pueblo ha cambiado su Gloria por algo que no sirve de nada. ¡Espántense de esto, cielos, horrorícense y queden paralizados. Jer. 2.11

¿Qué de malo encontraron en mí, sus antepasados, que se alejaron de mí? Se fueron tras dioses que no son nada, y en nada se convirtieron ellos mismos. No se preocuparon por buscarme a mí que los saqué de Egipto.

Jeremías 2.5,6

Quizás oigan [lo que el profeta dice] y se vuelvan, cada uno de su mal camino, y yo desista del mal que he pensado hacerles por causa de la maldad de sus obras. Jeremías 26.3

Este es el triste clamor de Dios, el Padre de Israel. Pero, en medio de las lamentaciones sobre el pecado de Su pueblo, la misericordia de Dios penetra como el sol entre las nubes, y El dice:

Yo he visto sus caminos, pero lo sanaré, lo guiaré y lo colmaré de consuelos; y de los labios de los que están de duelo, haré brotar la acción de gracias. Isaías 57.18

Porque no he de contender para siempre, ni para siempre he de estar airado, pues se desmayaría delante de mí el espíritu [del hombre] y las almas que he creado. Isaías 57.16

Precisamente cuando Israel ha entristecido a Dios con sus muchos pecados, forzándole a pronunciar juicio sobre ellos, El se detiene repetidas veces. Y no habla como un Dios lejano que sólo ejecuta juicios, sino como un Padre cuyo corazón amoroso se vuelve a Su pueblo y se entristece cuando se ve obligado a disciplinar. Este sentimiento está reflejado en pasajes como el siguiente:

¿Cómo podré dejarte, Efraín? ¿Cómo podré abandonarte, Israel? ¿Podré destruirte como destruí a la ciudad de Adma, o hacer contigo lo mismo que hice con Zeboim? ¡Mi corazón está conmovido, lleno de compasión por ti!

Oseas 11.8

Es profundamente conmovedor encontrar una y otra vez en los escritos proféticos que el Señor hace una pausa en medio de Sus proclamaciones de juicio y, como si hablara consigo mismo, casi incapaz de poder castigar a Su pueblo, aunque es obligado a hacerlo, si los ama, para traerlos de vuelta a caminos de rectitud. Pero El no puede hacerlo sin que se llene de compasión y ternura.

Tan querido es para El Su hijo Israel (Jeremías 31.20), que con la misma frecuencia que El habla contra él, también lo recuerda en Su misericordia. ¿Dónde más nos es dada una vislumbre tan clara dentro del corazón de Dios, como aquí en Su trato para con Su pueblo escogido – esa vislumbre dentro de este corazón vivo, que puede enojarse con Su pueblo y sin embargo en medio de esta ira, se detiene para ofrecer una vez más la gracia? Aun cuando está ejecutando Sus juicios, El es superado por la compasión, de tal manera que es motivado a refrescar y consolar a Su pueblo que, al igual que todos nosotros, no ha merecido otra cosa que Su ira. Podemos leer esto en Isaías 51.3:

Sin duda, el Señor consolará a Sión; consolará todas sus ruinas.

Y en Zacarías 10.6:

Porque tengo compasión de ellos. Volverán a ser como si yo nunca los hubiera rechazado.

Todavía tenemos otro ejemplo del corazón compasivo de Dios en Amós 7.2-3, donde en respuesta a la oración de Amós, El reduce la severidad del juicio:

Y cuando las langostas ya estaban comiéndose hasta la última hierba, dije: "¡Señor,

perdónanos! ¿Cómo va a resistir tu pueblo Jacob, si es tan pequeño? Entonces el Señor desistió de Su propósito, y dijo: ¡Eso no va a suceder!.

Ante tales actos de Dios, sólo podemos exclamar con el profeta Miqueas:

No hay otro Dios como Tú, porque Tú perdonas la maldad y olvidas las rebeliones de este pequeño resto de tu pueblo. Tú nos muestras tu amor y no mantienes tu enojo para siempre.

Miqueas 7.18

Con todos estos ejemplos del trato de Dios para con Israel, podemos ver que Su corazón se regocija, mostrando misericordia y bondad, haciendo feliz a Su pueblo, derramando abundantes bendiciones para cuerpo, alma y espíritu, y llenándolos con Su gloria. Incluso los severos juicios que han recaído sobre ellos y las terribles aflicciones que han durado siglos y los caminos oscuros por los cuales han tenido que pasar, tienen que ser vistos bajo esta luz. Detrás de todo lo acontecido estaba el sobreabundante amor de Dios, cuyo único deseo es mostrar Su gracia, aunque primero haya tenido que preparar el camino, enviando juicios.

Sólo con tener esto en mente, podemos entender la ardiente ira de Dios que prorrumpe en los pronunciamientos divinamente inspirados de los profetas. Es la ira del Santo y Trino Dios que muchas veces llena a los hombres con tal temor que niegan que es un Dios de Amor y un Padre. Dicen que si El fuese un Dios de Amor nunca hubiese permitido, por ejemplo, los campos de concentración.

La ira de Dios y el terror de Sus juicios, solamente pueden ser correctamente entendidos si conocemos el corazón amoroso de Dios. Un padre sólo se enfurece cuando sus amorosos pedidos y constantes llamados de atención no son escuchados. Y sólo cuando no tiene otra elección es que recurre a métodos que son para él dolorosos. El hijo es tan obstinado y su corazón está tan endurecido que no hay otra forma de hacerle dejar sus caminos pecaminosos. Frente a tal terquedad, surge la ira de un padre como expresión de su amor desesperado, mientras busca rescatar a su hijo de los malos caminos. E incluso si un padre tiene que enviar a su hijo, pese al gran dolor de éste, y ponerle en un reformatorio por muchos años, otra vez su motivación es sólo el amor, porque no hay otra forma para ayudar a su hijo que está siguiendo un camino que lo llevará a la ruina.

Sí, la ira de Dios es una ira angustiada, en la que podemos ver cuán grandemente le hemos provocado y entristecido y cuán grande es nuestro pecado, por eso el dice: "¡Me has abrumado, en cambio, con tus pecados, me has cansado con tus iniquidades!" (Isaías 43.24). El hecho de que Dios manifieste Su inmensa ira, revela cuánto El nos ama y cuán grande es Su celo divino por nosotros. El será capaz de ir a cualquier parte con el fin de rescatarnos de las arenas movedizas del pecado, porque el pecado es nuestra ruina. Por eso El no nos ahorra golpes, aunque éstos le causen indecible dolor, como lo expresa una y otra vez a través de Sus lamentos en los libros de los profetas.

En ningún otro lugar podemos ver tan claramente la santidad y el poder de la ira divina como en los tratos de Dios para con Su pueblo Israel. A diferencia de las acciones de los seres humanos, todos los actos de Dios están caracterizados por Su fuerza, autoridad y majestad. Nosotros conocemos el amor humano paternal, pero éste es ínfimo comparado con el amor ardiente, característico del corazón paternal de Dios. Sabemos cuánto puede enojarse un padre, pero esto es apenas una chispa, comparada con la intensidad ardiente de la ira santa de Dios, la cual es derramada sobre Su pueblo y que al final

de los tiempos se derramará sobre toda la humanidad. Una y otra vez Dios ha detenido Su ira y esperado con paciencia, extendiendo un año más de gracia, porque Su corazón amoroso no pudo soportar mandar juicio. Pero cuando ya se hizo todo lo posible y la iniquidad llegó a su tope máximo, entonces el juicio, tantas veces postergado, ya no puede evitarse y recaerá con inmensa fuerza, tanto en el pueblo en cuestión como al final de los tiempos a toda la raza humana.

¿Por qué? Con el fin de que almas todavía puedan ser salvadas. Y nuevamente esto es muy evidente en el caso de Israel. Pero, ¿por qué con ella más que con otros pueblos? La razón es que Israel es el primogénito de Dios, es el objeto especial de Su amor. Y a cualquier precio El quiere transformarla y llenarla con Su gloria, de acuerdo con Su llamado: "Seréis para mí...una nación santa" (Éxodo 19.6).

Si Israel debía llegar a su grandioso llamado de ser una bendición para todas las naciones, Dios estaba obligado a prepararla, guiándole por caminos de severa disciplina y no refrenando Su más grande expresión de amor: Su ira santa.

Esto ya ha comenzado a dar sus frutos. Pues, finalmente Israel después de haber vivido los horrores de los campos de concentración, comenzó a volver masivamente a su tierra. Durante la Segunda Guerra Mundial pasó algo similar con los cristianos que se habían apartado del Señor. Después de haber sido afligidos por Dios con las durezas de la guerra y detención en los campos de prisioneros, muchos de ellos recobraron su fe y se han vuelto a su Padre Celestial. Si al menos por una vez pudiésemos entender los frutos de las visitaciones divinas, alabaríamos y adoraríamos a Dios por no evitarse ni evitarnos tampoco a nosotros el llevarnos por aquellos caminos que en última instancia nos conducen a nuestro bienestar, salvación y felicidad. Esto, al contrario de un amor indulgente, es el verdadero amor y sirve para nuestro mayor bien.

No midamos a Dios según nuestros propios modelos ni pensemos en El en términos de conceptos humanos. Y ciertamente todo lo que es de este mundo es apenas una sombra de lo verdadero, como por ejemplo: la paternidad humana. Sin embargo, Dios es único. Su amor no puede compararse con ningún amor humano, ni Su ira santa y admirable parecerse a ningún enojo humano.

*Al estruendo de tu voz, huyen los pueblos;
cuando te alzas, se dispersan las naciones.*

Isaías 33.3

*Cuando el Señor se levante y llene de terror la
tierra, la gente se meterá en las cuevas de las
rocas, en los hoyos del suelo; se esconderá de
la presencia terrible del Señor, del resplandor
de su majestad.*

Isaías 2.19

*¿Quién de nosotros podrá habitar con el
fuego consumidor? ¿Quién de nosotros podrá
habitar con las llamas eternas?.*

Isaías 33.14

*Cuando se enoja, tiembla la tierra; las nacio-
nes no pueden resistir su ira.*

Jer. 10.10

Este es el Dios airado, cuya ira Israel experimentó más que cualquier otro pueblo. Tanto amó y continúa amando Dios a Su pueblo que debieron probar Su ira, para que no pudieran ser descartados para siempre, sino ser llevados nuevamente a El y alcanzar su glorioso destino.

¡Oh, si sólo pudiésemos ver los juicios de Dios como tela de fondo de Su amor! Las Sagradas Escrituras están llenas de advertencias del juicio divino para Israel, pero si las comparásemos con las promesas divinas de gracia para ella, descu-

briríamos que la gracia sobrepasa al juicio y que el juicio tiene por finalidad dar a luz la gracia. Porque Dios es Amor, El anhela recibir nuestro amor. Demostramos que Su amor ha despertado en nosotros una respuesta cuando cumplimos con Sus deseos, aceptamos Su voluntad, y obedecemos Sus mandamientos, y también si no nos oponemos a Él, aun cuando no entendamos Sus dolorosas visitaciones.

Israel dio su respuesta de amor a Dios bajo inconcebibles y amargos sufrimientos. Aún en los horrores del Gueto de Varsovia cuando atacados por los perros y sentenciados a morir de hambre y al borde de la desesperación, ella demostró su devoción; su canto de fe no pudo ser silenciado:

*Yo creo, creo, sí, creo
con leal y firme devoción
que el Mesías viene.
Creo en el Mesías
y aunque tarde Su venida,
no menos firmemente creo.
Y aún si la tardanza se prolongara,
sigo creyendo en el Mesías.
Yo creo, creo, sí, creo.*

Canción de los mártires del Gueto

El Sufrimiento Transformado en Gloria

La historia del pueblo de Israel está marcada por la deshonra, la persecución, la humillación, el destierro, la pobreza y grandes sufrimientos. Pero esto no termina ahí. Pues con Dios el sufrimiento sólo puede terminar en gloria: los humillados serán exaltados y la gloria de Dios los cubrirá; los despreciados serán honrados por todos. Esta es una ley de la Sagradas Escrituras. Leemos por ejemplo en el libro de Isaías:

*¡Oprimida, atormentada, sin consuelo! ¡Mira!
Por piedras, te pondré turquesas, y por
cimientos, zafiros.*

Isaías 54.11

Y en el Sermón de la Montaña:

*Bienaventurados los que lloran, porque ellos
serán consolados.*

Mateo 5.4

*Bienaventurados los que son perseguidos por
causa de la justicia, porque de ellos es el
reino de los cielos.*

Mateo 5.10

Bienaventurados los que pasan hambre ahora, porque serán saciados. Bienaventurados los que ahora lloran, porque reirán. Bienaventurados son cuando los odian los hombres, cuando los marginen, los insulten y rechacen su nombre como cosa mala, por causa del Hijo de hombre. Regocíjense en aquel día y salten de gozo, porque es grande su recompensa en el cielo.

Lucas 6.21-23

Esta última es una promesa especialmente para aquellos que sufren por causa de Dios y por lo tanto también es una promesa para Su pueblo Israel. Sin duda, ellos han sufrido por haber sido elegidos como el pueblo de Dios, aparte del hecho de que también han sufrido por causa de sus propios pecados. Los cristianos también son llevados por caminos de deshonra, humillación, rechazo y sufrimientos, tanto como por su pecado como por causa de Dios.

Porque Dios es tan misericordioso, porque El es tan lleno de amor, se compadece de todos aquellos que están sufriendo. El no dice: "Esto es justo. Tú eres un pecador y como castigo por tus pecados debes andar por estos caminos de sufrimiento, humillación, deshonra y tristezas". No, porque Su corazón se duele cuando nos ve sufrir, El no puede menos que tomarnos en Sus

brazos al final de nuestros caminos de sufrimientos y consolarnos como un verdadero padre. Así, después de las duras aflicciones que ha pasado Su pueblo, El hace la siguiente apelación a su favor:

¡Consuelen, consuelen a mi pueblo! —dice su Dios— Hablen con cariño a Jerusalén, y anúncienle que ya ha cumplido su tiempo de servicio, que ya ha pagado por su iniquidad, que ya ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. Isaías 40.1

Después de períodos de sufrimiento por causa de nuestros pecados, nos espera la consolación. Y una vez que la culpa fue expiada a través del juicio (Isaías 27.8-9), habrá alegría y regocijo en vez de tristeza. Como el Dios de Amor, nuestro Padre no puede soportar que la vida de una persona sólo esté llena de tristeza. Con Dios el sufrimiento nunca es el fin. El amor se esfuerza para traer felicidad a otros. Si esto es cierto entre nosotros los seres humanos, ¡cuánto más será para con Dios, quien es la esencia misma del amor paternal!

El pueblo de Israel severamente afligido y sangrando por las muchas heridas, descubrirá que su camino de sufrimiento terminará en

gloria. Ellos brillarán de belleza y gozo, y el radiante esplendor del Señor reposará sobre este pueblo, la gloria concedida a aquellos que padecieron el desprecio. Entonces se cumplirá lo que dice la escritura:

*Las naciones vendrán hacia tu luz, los reyes
vendrán hacia el resplandor de tu amanecer.*

Isaías 60.3

Un torrente de luz emanará de este pueblo, brillando hacia lo alto y lo ancho del mundo atrayendo así a todas las naciones. Quedarán deslumbradas por el esplendor de Israel.

Así como las personas un día utilizaron la palabra "judío" tan despectiva y ofensivamente, y nadie quería tener nada que ver con los judíos, esta actitud cambiará totalmente. Y las palabras "judío" y "pueblo de Israel" se pronunciarán, no más como un insulto, sino con la mayor reverencia, como una bendición y saludo. En vez de apartarse de ellos, los hombres buscarán su compañía.

Esto será verdad entre la nueva generación, que no ha experimentado el pasado odio y menosprecio a los judíos, pero esto ocurrirá aun más entre aquellos que los oprimieron, despreciaron

e insultaron. Todos éstos se acercarán a Israel. Naciones enteras entrarán por las puertas de Jerusalén, y, como el Señor dice en Isaías 60.14: "a las plantas de tus pies, se postrarán todos los que te menospreciaban". Entonces ellos confesarán abiertamente que Jerusalén y sus habitantes, los judíos, son "la Ciudad de Dios, la Sión del Santo de Israel". Ellos quedarán maravillados y adorarán, porque pueden ver a un pueblo en el que el mismo Dios Viviente ha hecho Su morada. Aquel que también es su Creador se revelará a Sí mismo, llenando a este pueblo con Su gloria. Por siglos los judíos han sido odiados y rechazados; no se los visitó en los guetos; fueron excluidos cuando se les obligó a usar la estrella amarilla de la vergüenza; pero ahora se cumplirá la promesa de Isaías 60.15. Este pueblo será transformado en "gloria eterna", para que todos se sientan orgullosos de estar unidos a un judío o al pueblo de Israel.

Sí. Este pueblo será "la alegría de todas las generaciones". Y sólo cosas maravillosas se divulgarán de ellos, de su ciudad y de su vida, de cómo todo está inundado por la gloria divina, y cómo el mismo Mesías reina allí. Ellos serán alabados como un pueblo justo (Isaías 60.21), un reino gobernado como ningún otro en la tierra, con justicia según las maravillosas leyes divinas;

un reino de felicidad y bienestar. Todas las naciones que conocen a Israel tendrán que reconocer que ellos son un pueblo bendecido por el Señor (Isaías 61.9). El esplendor de la gloria que irradiará desde la Ciudad de Jerusalén y de todo el pueblo de Israel irá mucho más allá de todo lo imaginable. Isaías lo describe proféticamente:

*...por amor de Jerusalén no he de estar quieto,
hasta que salga como resplandor su justicia y
su salvación brille como antorcha. Verán las
naciones tu justicia...*

Isaías 62.1-2

Este pueblo tendrá una especial dignidad y distinción. En sus juicios ejercerán la justicia. Serán el alma misma de la integridad y sus rostros reflejarán la belleza de Dios. Todas sus acciones estarán marcadas por la bondad y el amor, y brillarán sobre todas las otras naciones, porque el favor divino descansa sobre ellos. Como recompensa de todos los nombres injuriosos que se les dieron, este pueblo recibirá un nuevo nombre, como está escrito en Isaías 62.2, "puesto por la boca del Señor" y el cual todas las naciones pronunciarán con reverencia. Se dirá de los antes despreciados judíos que son "Pueblo Santo" y "Jefsibá" que significa "Mi Deleite"; y en vez de ser llamada "Desamparada", Jerusalén

entonces se llamará "Buscada, Ciudad no Desamparada" (Isaías 62.4-12).

Jerusalén será hecha "objeto de alabanza en la tierra" (Isaías 62.7). Israel será reconocida por todas las naciones y como antes fuese odiada y despreciada, ahora será amada y altamente honrada. Es sobrecogedor ver como el Señor recompensa doblemente a Su pueblo por los años de vergüenza y rechazo, tal como está escrito:

Y como mi pueblo ha tenido que sufrir doble porción de deshonra e insultos, por eso recibirá en su país doble porción de riquezas y gozará de eterna alegría. Isaías 61:7

Verdaderamente "Israel florecerá, dará brotes, y llenará el mundo con sus frutos" (Isaías 27:6), frutos del intelecto, de la sabiduría y el conocimiento en medio de las artes y ciencias. Y se harán una realidad las siguientes palabras:

Al verte, los reyes se pondrán de pie, los príncipes se postrarán, a causa del Señor, que es fiel, y del Santo de Israel, que te eligió. Isaías 49.7

Allí en medio de este pueblo El hará Su morada.

Allí las naciones lo buscarán, como lo dicen las Escrituras:

Y vendrán a Jerusalén muchos pueblos y naciones numerosas, a buscar al Señor Todopoderoso y a pedirle que los bendiga.

Zacarías 8.22

Existen innumerables pasajes en las Escrituras donde el Señor habla de la futura gloria de Su pueblo. Es como si quisiera asegurarles muy de veras a Su pueblo quienes casi no pueden creerlo después de haber vivido en la vergüenza y la ignominia por dos mil años. Es como si El no pudiese grabar en ellos suficientemente el hecho de que aun serán exaltados:

Les daré a ustedes fama y renombre en los países donde fueron avergonzados. Sofonías 3.19

Después, El dice:

En aquel tiempo yo los traeré, en aquel tiempo los reuniré. Daré a ustedes fama y renombre entre todos los pueblos de la tierra cuando yo los restaure ante sus mismos ojos.

Sofonías 3.20

Esto ha prometido el Señor.

Y ahora en nuestros tiempos, está comenzando la gran transformación. Los acontecimientos se mueven lenta e imperceptiblemente, porque aún queda mucho del viejo desprecio a Israel. Sin embargo, aquí y allá en las naciones, está surgiendo un nuevo respeto por esta pequeña nación de Israel. Casi de un día para el otro los judíos han establecido un estado nacional en la tierra de sus padres y con mucho coraje y devoción están levantando su país ante muchos enemigos. Pero el verdadero reconocimiento no podrá venir hasta que Israel esté bajo el gobierno de su Mesías. Cuando esto suceda, ella será universalmente reconocida, como ya lo fue en los comienzos de su historia:

Y tu fama se difundió entre las naciones, a causa de belleza, que era perfecta por el esplendor que puse en ti. Ezequiel 16.14

Las palabras no pueden expresar adecuadamente cómo será cuando Dios haya revestido a Su pueblo con Su belleza en el Reino Mesíasico y cuando todo lo que aún no refleja Su imagen dentro de este pueblo, sea transformado y resplandezca con un esplendor incomparable. Será el cumplimiento de las profecías:

... el Señor tu Dios está en medio de ti... Se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, se alegrará por ti con cantos como en los días de fiesta.

Sofonías 3.17-18

Como el novio se regocija por su novia, así se regocijará tu Dios por ti.

Isaías 62.5

– se regocijará por Su pueblo amado y escogido. Todas las promesas hechas a este pueblo serán cumplidas, aunque actualmente todavía constituya un centro de conflicto y esté dividida por alambre de púas. Esta será la tierra en donde el mismo Dios vivirá, tal como está escrito en Zacarías 2.11:

Y yo viviré entonces entre ustedes.

Todo cuanto El ha dicho, sucederá:

Y he de volver a Jerusalén, para vivir allí. Entonces Jerusalén será llamada Ciudad Fiel.

Zacarías 8.3

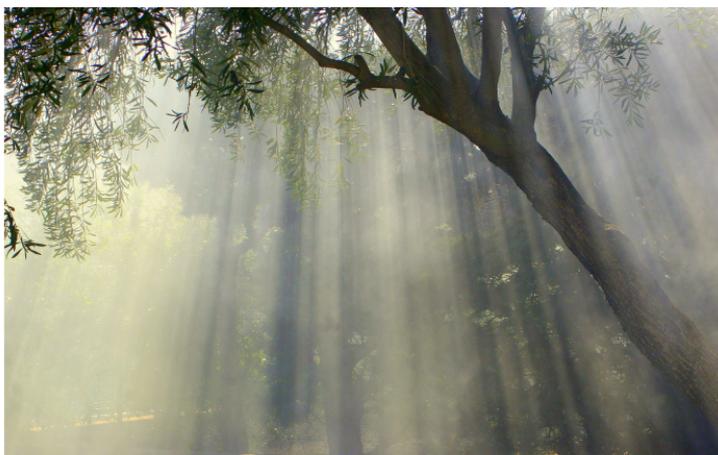
El Señor, tu Dios, está en medio de ti.

Sofonías 3.17

Dios resplandece desde Sión, la ciudad de belleza perfecta.

Salmos 50.2

Sí, éste es el secreto de la belleza de este pueblo y su tierra. Es el secreto de su divino llamado, el que alcanzará su consumación cuando el Mesías, su Rey, habite y gobierne en medio de ellos. Los planes de Dios son verdaderamente maravillosos, y El los cumple gloriosamente: a través de las tinieblas hacia la luz, a través de la disciplina y caminos de juicio hacia la Gracia suprema.



Un Testimonio Personal

Extraído del capítulo "Israel, el Pueblo de Dios" de la autobiografía de la Madre Basilea, titulada "Encontré la llave al corazón de Dios".

Un poco antes de la Navidad (1954)...el Espíritu Santo me mostró el sufrimiento de Dios por causa de Su pueblo escogido. Hoy, como en el tiempo pasado, Israel es un pueblo especialmente amado por Dios. Refiriéndose a Israel, la Biblia dice: "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" (Romanos 11.29). La larga historia de severas pruebas y aflicciones que ha tenido Israel, confirma esta elección... Pero como nación, Israel todavía no ha vuelto a Dios, ni ha correspondido a Su amor, porque todavía no ha reconocido a Jesús como su Mesías, aunque El vino a ellos y por ellos entregó Su vida.

Quien ama a Jesús no puede soportar verle esperar en vano por el amor de Su pueblo. Esta espera, que es parte de Sus sufrimientos de hoy en día, me llenó de tristeza y me condujo a la oración. Nosotras tenemos la costumbre de presentar a Dios nuestras peticiones especiales para el año que viene, en la Navidad, puesto que esa es la fiesta en la que el Padre manifiesta Su

amorosa bondad y bendiciones... El Espíritu Santo colocó en mi corazón dos pedidos como los más urgentes: "Despierta las almas entre tu pueblo escogido, Israel, para que te amen como una esposa, de tal modo que un día puedan estar contigo en la Ciudad de Dios, sobre cuyas puertas se escribirán los nombres de las doce tribus de Israel (Apocalipsis 21.12). Y, por favor, concédeme una visita a Israel."

Mi primer deseo era una expresión de aquello que Dios había colocado en mi corazón: Su dolor de que Su pueblo no sólo no lo había recibido hace dos mil años, sino también el hecho de que Israel todavía no ha encontrado el camino de vuelta a su Mesías. Mi segundo deseo, sin embargo, vino de la comprensión de que, como cristianos, nosotros también hemos fallado, especialmente los que somos de Alemania, si Su pueblo no percibe el amor de Jesús. En vez de demostrar un especial cariño y respeto por el pueblo escogido de Dios, nuestra nación cometió incontables atrocidades en contra de ellos.

Un fuerte sentimiento de contrición brotó de mi corazón, puesto que en la hora de mayor sufrimiento para el pueblo de Dios, yo me había preocupado muy poco por mostrarles amor a mis hermanos judíos. Llena de dolor, sólo podía

clamar desde lo más profundo de mi corazón: "¿Cómo es que podremos sanar las heridas que hemos causado? ¿Cómo podemos –si fuese posible– reparar los daños ocasionados?.

Durante una semana de oración y ayuno, fui dirigida por el Señor hacia una profunda intercesión a favor de Israel. Por el poder creador del Espíritu Santo, que pone en existencia lo que no existía, Dios despertó en mi corazón un poderoso amor hacia Israel, Su pueblo escogido. En realidad, el plan de Dios para la salvación de Israel había sido siempre importante para mí, y yo había realizado públicamente conferencias sobre este tema por toda Alemania, aun en los años que transcurrieron entre 1935 y 1944, pese a los grandes riesgos que había en ello. Pero esta vez un amor más grande y más ferviente me fue concedido. Con este acontecimiento el Espíritu Santo de Dios me dio una comisión que incluiría a toda la Hermandad: la comisión para Israel. En febrero de 1955, durante las charlas que di a mis hijas con respecto a este nuevo ministerio, surgió el arrepentimiento entre ellas; la mayoría de ellas había vivido durante el Tercer Reich (período de Hitler) como niñas o adolescentes. Durante los siguientes quince años, como una pequeña señal de nuestro arrepentimiento, cuando sólo éramos hermanas alemanas, guar-

damos silencio durante el desayuno en memoria del crimen de nuestra nación en contra de Israel y de los millones que hacían fila para la llamada en los campos de concentración. Usábamos este tiempo para bendecir a Israel en nuestras oraciones. Actualmente, puesto que tenemos muchas hermanas de otras naciones, hacemos esta oración por Israel de un modo diferente.

Al concedernos el arrepentimiento, el Señor cambió nuestra actitud. Ya no tratábamos más de evadir las casas de los judíos que vivían en nuestra ciudad, avergonzadas del crimen cometido por nuestro pueblo; en vez de esto, empezamos a visitarlos. Durante las primeras visitas encontramos mucha reserva de parte de los judíos, y en vista de todo lo que había pasado, esto era muy comprensible. Pero Dios en Su infinita gracia, nos dio una señal de Su perdón, porque no sólo fuimos recibidas en hogares de judíos, sino que, desde entonces, también hemos tenido el privilegio de recibir visitantes judíos de todas partes del mundo. Toda la Hermandad fue inspirada con este amor hacia Israel, y desde entonces Israel ha tenido un papel importante en nuestra vida. Compartimos tanto sus tristezas como sus alegrías.

Ahora las experiencias espirituales que tuve, llegarían a concretarse exteriormente. Dios escu-

chó mi oración por un viaje a Israel. Casi no pude creerlo cuando cierta mañana recibí una carta que venía de Israel, conteniendo una invitación para visitar esta tierra. En esos días, los alemanes debían recibir una invitación de Israel para solicitar su visa, aunque esto no garantizaba que se la pudiese conseguir. Además, eran pocos los alemanes que tenían la oportunidad de visitar ese país, pero la Madre Martyria y yo recibimos los documentos necesarios sin ningún problema: la confirmación de Dios para nuestro viaje. También muy inesperadamente recibimos un regalo en dinero para cubrir los gastos del viaje. Parecía que el camino estaba abierto para que nosotras viajásemos en el otoño de 1955. Pero ocho semanas antes de la partida me sentí tan enferma que incluso hasta mi vida estuvo en peligro. Ese tenía que ser un tiempo de preparación para mi comisión. Y como la visita iba a tener un significado de largo alcance, debía tener como base el sufrimiento. Entonces, por la gracia del Señor logré recuperarme lo suficientemente para el viaje, y paso a paso descubrimos que el Señor mismo lo había planeado y hecho todos los preparativos.

Fue indescriptible el momento en que por primera vez coloqué mi pie en Tierra Santa, la tierra que pisó Jesús, el Hijo de Dios. Ahí yo

conocería a Su pueblo, que había regresado a su patria, procedente de muchas naciones, además aprendería mucho sobre el modo de vida de Israel. Iba a encontrarme con Su pueblo, al cual llegaría a amar grandemente.

Cuando llegué a Israel, todavía me sentía muy débil físicamente. Además de eso, el segundo día después de mi llegada, me tropecé y me torcí el tobillo de tal modo que apenas podía caminar. ¿Me había llevado el Señor hasta allá, sólo para tenerme en cama durante el tiempo de mi visita? Al contrario, Dios usó este accidente para llevarme por todo el país en pocas semanas. El Señor había escogido un guía que conocía Israel muy bien, una señora a quien la Madre Martyria llegó a conocer en una reunión. Cuando ella supo de mi accidente, se ofreció a llevarme en su auto por todos los lugares más importantes y santos de Israel, por casi una semana. Por causa de esta torcedura no sólo conseguimos una guía excelente, sino que pudimos visitar lugares que a los que nunca pudiésemos haber llegado sin un vehículo.

Como resultado de la maravillosa dirección de Dios, tuvimos contacto con muchos israelíes, saludándolos en las calles, plazas y en cualquier lugar donde nuestro auto se estacionase. Como

nuestra guía hablaba varios idiomas, incluyendo hebreo, pudimos comunicarnos con los israelíes y aprender acerca de sus sufrimientos, sus esperanzas y sus alegrías...

Mi amor por esta tierra de Dios y por Su pueblo creció fervientemente. Comencé a entender mejor el gran amor de Dios por este pueblo... También estuve agradecida que pudimos encontrarnos con personas que tenían cargos importantes en el país y humillarnos en profundo arrepentimiento delante de ellos, por causa del crimen que nuestro país cometió en contra de Israel.

En cada encuentro estuve consciente del plan de Dios. Todo el viaje giró en torno a Israel, el pueblo a quien Dios ama, y a la nueva comisión que Dios me había dado. Una vez cuando nuestro auto pasó por una calle de Haifa, un niño se acercó a la ventana. Con mucha alegría él nos dijo que se llamaba Gedeón, y con un candor infantil nos preguntó: "¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde son?" De repente dijo: "¡Tienen que venir a Israel y ayudarnos! Podrían sernos muy útiles." Sentí algo muy extraño. ¿Sería que Dios nos estaba hablando a través de este niño para llamarnos a servir a Su pueblo en Su tierra de Israel? ¿Tenía El allí alguna comisión para

nosotros los alemanes? Casi no quisimos decirle que veníamos de la tierra que había causado tanta miseria y horror al pueblo judío. Pero así como Dios le había dado a este niño un corazón abierto para nosotros los alemanes, también encontramos la misma apertura en otros israelíes siempre que nos acercamos a ellos con profunda tristeza, pidiendo perdón por causa de las terribles heridas que nuestro pueblo les había hecho.

Después de regresar a casa, recibimos otro llamado de Israel; esta vez no era de un niño, sino de una persona muy influyente. "¡Vengan! ¡Ayúdenos!". Dios estaba esperando que nosotras respondiéramos como fruto del arrepentimiento y así mandamos dos Hermanas a Israel. Después de estudiar el hebreo, sirvieron como enfermeras en un hospital israelí. Aunque nuestras Hermanas ofrecieron sus servicios voluntariamente, sin aceptar ningún salario, como señal de arrepentimiento por el crimen de nuestra nación, el hecho de que fueron aceptadas como Hermanas alemanas sólo puede ser atribuido a Dios, a Sus propósitos y comisión.

Aunque amaba mucho a Israel, para mí fue muy difícil separarme de mis dos hijas espirituales. Por primera vez dos miembros de nuestra familia espiritual partirían a una tierra lejana, la cual

en aquellos días estaba siendo amenazada por guerra. Las dos habían asistido a nuestro Estudio Bíblico para Jóvenes, y la Madre Martyria y yo las habíamos conocido desde niñas. Sin embargo, yo sólo podía considerar como la gracia de Dios y un gran privilegio, el hecho de que pudimos enviar a dos de nuestras Hermanas a Israel en marzo de 1957. El Señor había confirmado que el deseo que tuve en Navidad de 1954, estaba realmente de acuerdo con Su voluntad. Una nueva comisión había comenzado: vivir para Israel en arrepentimiento y amor, y así cumplir unos de los deseos del corazón de Jesús.

Cuando volví de mi primera visita a Israel, el fuego que había sido encendido dentro de mí continuó ardiendo, y bajo la motivación del Espíritu Santo escribí un pequeño libro sobre Israel y más tarde *Israel, Mein Volk (Israel, Mi Pueblo Escogido)*, que fue luego traducido a varios idiomas. Me sentí constreñida a escribir estos libros para despertar a otros en nuestro país, principalmente a los cristianos, para que comprendieran nuestro serio pecado en contra del pueblo de Dios. Al mismo tiempo sentí la fuerte necesidad de hablar a Israel sobre su elección y los propósitos maravillosos de Dios para ella, sobre Sus promesas y el principio de sus cumplimientos. El Señor me concedió la

gracia que este libro fue aceptado por los cristianos en nuestro país, así como también por los judíos, algunos de los cuales redescubrieron la fe de sus padres a través de la lectura.

Pero este fuego que había en mi corazón no se disminuyó. El amor, principalmente cuando tiene al arrepentimiento como combustible, siem-pre busca nuevas formas de expresarse. Aun antes de mi viaje, el Espíritu Santo me motivó a escribir un drama sobre Israel. En el verano de 1956 presentamos este drama en Frankfurt, en la *Kirchentag* (Reunión nacional de protestantes alemanes, la primera obra teatral que presentamos en esta convención semestral. Aunque no era nada semejante al drama moderno, causó tal impacto que miles de personas fueron a verlo. La gran iglesia se hizo pequeña para la gran cantidad de visitantes, aunque el drama se presentaba dos veces al día. Un día hubo que hacer una presentación extra a las diez de la noche. Más tarde este drama fue presentado en otras convenciones de la Iglesia en muchas ciudades de Alemania Occidental. Varios ministros nos dijeron que esto ayudó a cambiar la actitud hacia Israel en muchas iglesias de varias partes del país.

Miles de huéspedes asistiendo a nuestros retiros a través de los años han llegado a aprender el significado que tiene Israel en el plan de salvación de Dios. Y aquellos que eran alemanes han llegado a darse cuenta más profundamente de la seriedad de nuestro crimen nacional. Nuestras visitas han participado de nuestra reunión de Oración por Israel que se hace todos los viernes por la noche, y muchos han experimentado un cambio de corazón hacia Israel.

Pero la comisión para Israel no terminó ahí. En 1959 Dios me mostró que una pequeña rama de nuestra Hermandad, Béit-Abraham, debería ser establecido en Jerusalén y que recibiríamos una casa como respuesta a nuestra oración y fe. Para Su amado pueblo habría una casa donde las heridas serían curadas y los corazones aprenderían de nuevo a confiar en Dios. A través del ministerio de Béit-Abraham, Su pueblo estaría preparado para la venida del Mesías. A pesar de las grandes dificultades e imposibilidades, el Señor, que es fiel a Su nombre, que es Sí y Amén, nos dio esta casa milagrosamente un año después.

Fue parte del plan de Dios que la dedicación de Béit-Abraham coincidiese con la abertura del juicio de Eichmann en 1961. Todo Israel estaba afligido grandemente, porque las terribles heri-

das del pasado (1933-1945) estaban siendo reabiertas públicamente. Por primera vez mucha de la gente joven de Israel estaba comprendiendo la verdadera dimensión de nuestra culpa nacional. Para evitar el dolor a sus hijos, muchos padres habían mantenido en secreto los eventos del pasado. Al principio yo estaba muy triste que estas dos fechas coincidieron. Temíamos que ningún israelí asistiese a nuestra ceremonia de dedicación. ¿Quién pisaría una casa de alemanas, y que además son cristianas, en esta situación actual? Sin embargo, más de cien invitados israelíes asistieron, y el Señor por Su gracia utilizó esta reunión para traer algo de consuelo a sus corazones entristecidos y adoloridos. Ellos pudieron sentir nuestro amor y esto les ayudó a romper con su natural reserva y a suavizar su dolor.

El exalcalde de Jerusalén también estuvo presente el día de la dedicación, y cuando él dirigió la palabra al público presente, comencé a entender la sabiduría y el amor de Dios al permitir que esta celebración ocurriera en el comienzo del juicio contra Eichmann.

El dijo: “Ahora cuando este terrible juicio está en proceso, puedo ver la diferencia entre este hombre, cuyo nombre ni siquiera quiero mencionar —especialmente no aquí— y el amor que

veo en ustedes. Conozco los motivos de ustedes y también he comprendido la causa. La fuente, el origen, es la contrición, la expiación, el arrepentimiento....El propósito es el amor; los medios la fe, la confianza y la esperanza. Esto fue lo que les motivó a abrir esta casa...”

Y un autor judío dijo: “Si en estos días los judíos corremos el riesgo de pagar odio con odio, ustedes nos han ayudado a vencer esta tentación. Sólo hay un arma contra el odio: el amor. Y les agradecemos por salvarnos del odio, del odio colectivo, en esta hora de tentación.”

¡Cuánto fruto ha resultado de esa hora santa en 1955, cuando el Señor nos unió con Israel! Hoy, nuestra casa de Béit-Abraham es un lugar donde los israelíes, principalmente los que sufrieron en los campos de concentración, vienen para un tiempo de descanso, tanto del cuerpo como del alma. Además de esto es un lugar de oración y por lo tanto de bendición.

Israel había llegado a ser parte de nuestra vida; sus penas y alegrías eran las nuestras. Por ejemplo, cuando sabíamos de nuevos incidentes antisemíticos, o cuando la guerra estalló fuera de Israel – como en el caso de la Guerra de los Seis Días o la Guerra del Yom Kippur – nos sentimos

profundamente motivadas para orar por el pueblo de Dios. Queríamos enviar una palabra de aliento a las comunidades judías y a muchos de los judíos a quienes hemos llegado a conocer con el transcurso de los años, tanto en Israel como en Alemania.

Las invitaciones a Israel se repetían. Las puertas se abrían y tuve el privilegio de ofrecer conferencias en Su tierra. Me pedían que les hablara de la "poco común e increíble historia de la Hermandad de María". Sorprendida y avergonzada, veía como los judíos – algunos ancianos y enfermos, algunos que venían desde muy lejos – acudían en gran cantidad a mis charlas, no importándoles el estado del tiempo. Y aunque la mayoría sólo había escuchado por otros de la reunión, igual venían. Entre otras cosas les conté de los milagros que habían ocurrido en nuestra pequeña tierra de Canaán, y todos seguían mis palabras con gran interés y calidez. Su gratitud fluía. Decían que habían recibido una nueva inspiración y que un aliento de vida bíblica había sido traído de vuelta en su tierra bíblica y que la fe destrozada de algunos había sido restaurada. Yo sentía que tales respuestas sólo podían venir del pueblo que Dios había elegido como Suyos – y yo había estado hablando a auditorios seculares. Por ejemplo, el día después

que tuve una conferencia en Haifa, un periódico sacó la siguiente conclusión: "Los departamentos gubernamentales deberían comenzar a andar por el camino de la fe, confiando en el Dios Viviente; entonces habrá una mejora en el país".

También en los Estados Unidos y Canadá, las comunidades judías me invitaron para que fuera a hablar en sus sinagogas, en reuniones de rabinos y estudiantes, e incluso decir el "sermón" durante su servicio del Sábado. El llamado al arrepentimiento, que surgía de la contrición personal y de la confesión de la culpa, llegó a los corazones de las personas...

Otros libros de M.Basilea Schlink para descargar como PDF.

Haz clic en la foto



REALIDADES -

Milagros de Dios hoy 192 pp.

Relatos de oraciones contestadas en la Hermandad Evangélica de María, en medio de una Alemania destrozada por la guerra. Por ser inspirante en la fe, sirve para un grupo de oración o para los devocionales familiares.



PROTEGIDOS POR SUS MANOS 100 pp.

Este libro nos enseña a mirar hacia Dios, quien es nuestro Padre y a vencer las preocupaciones diarias con Su ayuda y a confiar en El en tiempos de prueba. Así en medio de la necesidad, sentiremos el refugio de estar en Su mano.

ARREPENTIMIENTO, ¡UNA VIDA PLENA DE ALEGRÍA! 106 pp.

“Desde que cada miembro de nuestra iglesia recibió este libro, el espíritu de arrepentimiento y el reconocimiento de nuestros pecados ha estado entre nosotros en cada reunión, y sigue una reconciliación tras otra. Es verdad que el arrepentimiento es contagioso”.

De S. Joela Krüger

¿DÓNDE ESTÁ EL REY DE LOS JUDÍOS?



El Antisemitismo ha aumentado considerablemente.

¿Realmente pertenece al pasado?

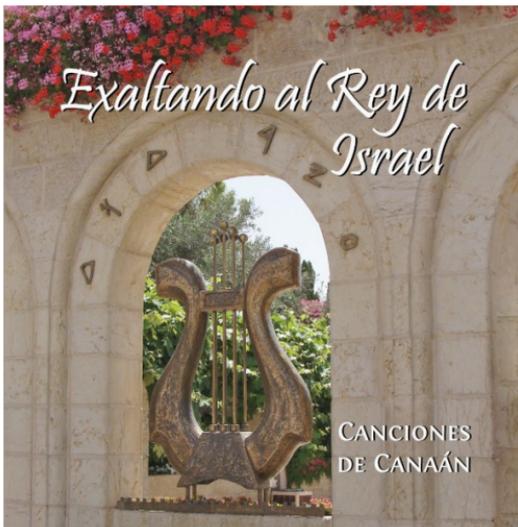
Este librito nos ayuda a descubrir que la clave es llegar a las raíces del problema y nos lleva a preguntarnos si ¿Como cristianos podremos tomar una posición firme ante esta situación tan actual?

Sobre el Tema

- *La culpa de la cristiandad hacia el Pueblo Judío
- *Sugerencias para un servicio o culto de arrepentimiento por el antisemitismo cristiano
- *La inquisición en España y América Latina

Anexo

Los planes maravillosos de Dios para la salvación del mundo, destacados en las Sagradas Escrituras, son nuestra esperanza y meta, en medio de la oscuridad de este mundo. Él es Señor y Rey de las naciones y de Su Pueblo Israel. Estas canciones exaltan al Dios de Israel en Su Majestad, Soberanía y Fidelidad, y a Su Hijo, nuestro Señor y Mesías Jesús. Que las alabanzas a Él en este CD fortalezcan e inspiren a muchos a confiar siempre en Él y darle la gloria, hasta que Él vuelva para establecer Su Reino en la tierra... ¡Ven, Señor Jesús!



Haz clic en la foto

M. Basilea Schlink, una mujer que tomó una postura valiente por Dios en la Alemania de Hitler, ahora es una autora cristiana reconocida a nivel internacional con más de 100 títulos. Fundó la Hermandad Evangélica de María y la pequeña Tierra de Canaán en Alemania. Su mensaje incluye un llamado incondicional al arrepentimiento y una proclamación gozosa del reino de los cielos. Su amor por Jesús ha bendecido a incontables vidas.

Una confesión alemana ante Dios y los Judíos. Un profundo clamor desde el corazón de alguien, que comprende que herir a la niña de los ojos de Dios es herir al mismo Dios.

Identificándose con la culpa de su nación, en la época del Tercer Reich (Hitler), la Madre Basilea enfatiza la necesidad de un arrepentimiento de ámbito nacional, comenzando por los cristianos. Ella expone un llamado único del pueblo escogido de Dios, los judíos, citando ampliamente la Biblia. Compasivamente y con una percepción profética traza los caminos de Dios para con Su amado pueblo y su retorno al país de sus antepasados y focaliza el tiempo cuando Israel alcanzará su glorioso destino de ser una bendición para todas las naciones.